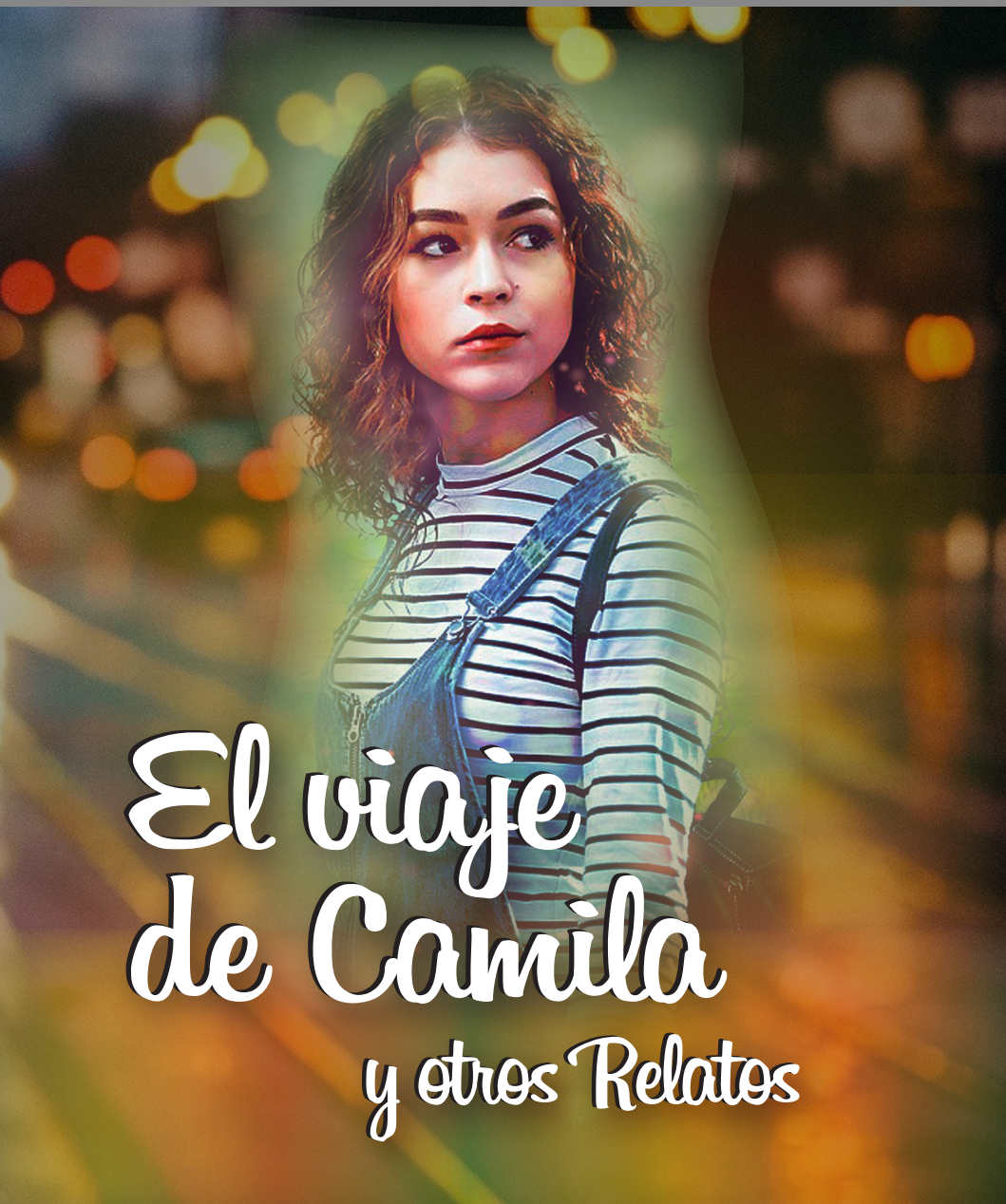
EDUARDO MAROSTICA



El viaje de Camila

y otros Relatos

EDUARDO MAROSTICA

El viaje de Camila

y otros Relatos

Eduardo Morostica
El viaje de Camila y otros relatos / Eduardo Morostica; prólogo de Claudia Rodríguez. - 1a ed. - Pueblo Andino: Ángel Eduardo Marostica, 2020.
104 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-86-6874-1

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Abuso de Poder. I. Rodríguez, Claudia, prolog. II. Título.
CDD A863.9283

©Ángel Eduardo Maróstica

1º Edición: Noviembre 2020

Diseño de tapa y Diagramación: Liliana Aguilar
Corrección: Soledad Recagno

ISBN 978-987-86-6874-1

Impreso en ART - Talleres Gráficos
Rosario - Santa Fe - Argentina
@arttalleresgraficos

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

A Franco y a Jaro, mi norte.

Un gracias especial a Claudia Rodriguez y Hugo Tessi
por estar ahí siempre, inquietándome.

A las adolescentes, que animaron
a Camila a realizar este viaje.

El viaje de Camila
y otros Relatos

ÍNDICE

PRÓLOGO 9

EL VIAJE DE CAMILA

Capítulos

1. La partida 13
2. Petu y el niño-garrapata 19
3. Atravesando la noche 25
4. Las preguntas de Camila 37
5. El exilio de Beba 47
6. ¡Una desconocida! 55
7. "Él no es como los demás chicos" 63
8. La cotidianeidad de lo inesperado 73

Y OTROS RELATOS

A ver si nos entendemos 81

Era como mi mamá 87

Las disculpas de Mariela 95

BIOGRAFÍA DEL AUTOR 105

Prólogo

En la lectura, quien realiza el acto de leer, descubre el significado de lo escrito. Entonces, leer se convierte en un encuentro entre quien escribe y quien lee, donde lo del autor se reinterpreta en (a través, por medio de?) otra persona.

Cuando leemos nos trasladamos a otros universos y depende de nosotros cuánto aprendemos en el viaje. Porque para conocer, primero debemos dejar en las valijas nuestra forma de mirar y entender el mundo y luego recién salir a caminar por nuevas tierras. Es decir, no pensar desde nosotros, sino aventurarnos a observar. Tratar de comprender desde la cosmovisión de esa otredad con quienes una se encuentra. Así sí, nos alistamos para explorar otros horizontes de sentido, porque habremos logrado descentrarnos para abordar a personajes que nos hablan de sus vidas.

Las protagonistas y quienes la acompañan en este viaje nos van revelando que no somos ajenos al paisaje que vemos, oímos, respiramos, conocemos. Aunque pretendamos una protectora neutralidad que nos remite a estar afuera, la realidad escrita nos toca, nos interpela, nos sensibiliza y nos despierta.

Así sucede con la lectura que en sí misma es un viaje. "El viaje de Camila" y otros relatos, como todo viaje nos

lleva al movimiento: dejar algo atrás, ver algo nuevo…arribar a algún lugar.

"El viaje de Camila" es una invitación que nos desafía a buscar nuevos sentidos y a desnudar mandatos impresos de violencia encubierta por las tradiciones y lo consuetudinario, como cómplices del silencio.

Dejamos atrás la comodidad de un vocabulario "correcto" para entrar con el diálogo natural, a recorrer paisajes internos. Transitar en recorrido vivencial, no con la mirada superficial de turista, sino percibiendo los pensamientos y las sensaciones. Las emociones que generosamente pueblan el texto, nos permiten desarrollar habilidades empáticas y solidarias. La lectura compartida como estrategia de búsqueda de sentidos, el texto como medio para adentrarnos en la complejidad del escenario de la vida, y las historias personales son un punto de encuentro con la otredad.

Entrando en la piel de la humanidad ingenua de la juventud, el autor nos guía por paisajes inhóspitos, con una nobleza que respeta la intimidad a la vez que expone con nitidez lugares oscuros del pasado y del presente.

El valor pedagógico de estos relatos vivos, reside en el poder de la palabra que exorciza en procesos de apertura sanadores, restaura la dignidad, habilita la escucha activa y la empatía. Esta obra permite cuestionar lo instituido en los espacios sociales: familia, educación, salud, justicia… y construir colectivamente un instituyente que permita cohabitar con lo que fuimos, lo que somos y lo que queremos ser.

Este viaje es un corrimiento hasta donde nos animemos a llegar.

Claudia Rodríguez
Lic. en Ciencias
de la Educación

El viaje de Camila

La partida

El silencio de siesta de la estación Rosario Norte se interrumpía con el quejido metálico de las ruedas del ferrocarril. Para Camila esta era la primera vez que se subiría a un tren. Conocía muchos lugares del país con sus padres cuando se iban de vacaciones en verano. Las vías del tren, a la vera del camino, habían ejercido una atracción decorativa que de a poco la fue ganando.

Iba a visitar a su tía Beba, hermana mayor de su padre, cuya existencia le habían ocultado hasta hacía algo menos de un año. Todavía le duraba el fastidio. En aquel momento, comprendió las evasivas de sus padres, y reconoció inmediatamente que la sola mención del conocimiento de Beba, que reclamaba un lugar en su árbol genealógico, los incendiaba de incomodidad, especialmente a su padre.

—No sé qué decirte —le dijo su madre sin mirarla, mientras se delineaba los ojos frente al espejo—. Ella se peleó con tu padre y no se hablaron más —al tiempo que hacía una morisqueta con sus ojos para definir el trazo, pero Camila sabía muy bien que no la quería mirar a los ojos.

—¿No será que a papá no le gustaba que viviera con su amiga?

—¿Una amiga? Ah, mirá vos…

Meses más tarde, y luego de mantener un intenso in-

tercambio de mensajes con su tía primero por Facebook, luego por Instagram y luego por Whatsapp, se animaba a picotear a su madre con comentarios que sabía que siempre la pondrían en apuros. Aunque al principio se asustó —no entendía cómo alguien que desconocía podría tener tantos datos de ella—le dio un crédito a Beba y comenzó a indagar, a comparar fotografías familiares. No cabían dudas, no podía saber tanto de ella y sus padres.

—¿Saben que la tía Beba tiene Facebook? —Camila volvía a indigestar a sus padres con una vieja novedad en la mesa de la cena.

—¿No me digas que tenés una tía con Facebook? ¡Qué buena onda, genial! —celebró Franco, su novio, desconociendo los nubarrones que se posaban sobre la mesa familiar, y comentaba entusiasta los beneficios del Facebook y otras redes sociales. Al tiempo que el semblante del padre de Camila nuevamente mutaba a un rictus sombrío, e interpelaba con la mirada a su madre por la irreverencia de la adolescente. Al parecer ella todavía no le había contado de sus preguntas...

El sol de la tarde invadía con sus rayos el andén de la estación Rosario Norte. Su madre había decidido acompañarla. Hasta momentos antes de llegar, recibía con paciencia sacra, los vanos intentos de su madre para que no viajara. A veces con la excusa de las incomodidades del tren, otras, que el colectivo es mejor, que la inseguridad.

—¿Por qué no esperás y viajamos todos? —Camila escuchó, paciente y refractaria, las propuestas de su madre, aunque no dejaba de advertir que a pesar de las insistencias, no le mandaban saludos a su tía. Reconocía las se-

cuelas de un silencio de años entre su padre y su hermana mayor, Beba.

El tren con los chirridos propios de las maniobras del estacionamiento, ofrecía aquella magia que había observado en las películas. Mientras esperaba, le había llamado la atención una chica que aparentaba su misma edad y que llevaba prendido como una garrapata de sus piernas, a un pequeñín de unos dos o tres años, que parecía aterrorizado por el gigante metálico. La madre del niño intentaba, a unos metros de donde estaba Camila, avanzar en vano para abordar uno de los vagones clase turista. Por fin el altavoz anunció el arribo del servicio proveniente de Retiro, Buenos Aires y con destino San Miguel de Tucumán.

—Hija, ¿por qué no sacaste pasaje en los vagones de adelante? Están más cómodos... y más seguros que en esos otros. —La madre se refería a los mismos por donde subía, a duras penas, la chica con su niño-garrapata.

—Ay, mamá, ¿otra vez vas a empezar? —Camila sancionaba a su madre con una mueca de disgusto.

El andén, cargado de saludos cruzados, se teñía con una luz cálida y vespertina. Todo se empequeñecía a través de la ventanilla desde donde se sentaba Camila. La invadió cierta nostalgia por dejar a su madre allí, cada vez más chiquita y lejana en el cuadro de su despedida, quedándose con sus incansables reproches, sus interminables consejos y la incomodidad instalada por su determinación en visitar a su tía. Le fastidiaba que, a pesar de que sabía que para su madre la sexualidad de ella no representaba un inconveniente, terminaba por acatar las autoritarias determinaciones que su padre imponía.

Su cabeza repiqueteaba contra el vidrio, al compás del trajinar de tren. Le esperaban muchísimas horas de viaje.

Cerró los ojos y comenzó a aislarse de las voces de los ocupantes inmediatos, más allá le parecía oír al niño-garrapata que lloriqueaba, tal vez pidiendo una teta algo agotada, supuso que el chiquitín era grande para que lo amamanten, pero que en fin... todo se alejaba, como ella del andén y de su madre. Se elevaba, ahora sobrevolaba la formación de vagones...

La despertó el sonido de una radio que para ella estaba desconsideradamente alto. ¿Quién escucha tan fuerte? ¡¡¡Por favor, son sordos!!! Se sentía con náuseas, posiblemente debido al bamboleo del tren sobre las vías con decenas de años sin mantenimiento. Molesta, con la cabeza que le estallaba, y con los ruidos magnificados por su malestar, se incorporó y se acomodó en el asiento, comprobando que no tenía a nadie a su lado. El sonido de la radio que no cesaba provenía de varios asientos más allá. Alcanzó a escuchar que hablaba de una chica que no aparecía por su casa hacía varios días. ¿Otra vez?, pensó y un escozor le recorrió la médula. Aquella chica, pensó, podía ser ella. A veces su madre le advertía sin especificar bien sobre qué, intranquilizándola sobre riesgos que ante estas noticias los reconocía. La enojaba la imposibilidad de hablar con su madre y más aún con su padre. Tenía la esperanza de encontrar en Beba a esa persona adulta que faltaba en su vida, una interlocutora de sus inquietudes y protectora de sus temores más profundos. Ella fue la primera persona en su familia que le había advertido sobre la vida privada en Facebook, Instagram, Snapchat y otras redes sociales; aunque en realidad ya lo supiera, reconocía en ella alguien que se ocupaba y no solo se "preocupara" de cuestiones indefinidas. A Camila

le gustaban las personas que le ponían nombres a las cosas. Por eso le fastidiaba cuando le decían en su casa "Ay, Cami, cuidate". ¡¿De qué?!, pensaba furiosa al tiempo que les respondía con una mueca inexpresiva.

Petu y el niño-garrapata

Camila escuchaba música con sus auriculares. El mp3 reproducía el tema "La bella y la bestia". Siempre había pensado que ese tema era un poco exagerado, como cuando vio la película "Búsqueda implacable". Todas esas cosas parecían parte del mundo de la ficción, pero lamentablemente no. El paisaje transcurría entre las vacas dispersas en las extensiones verdes, y las tranqueras, resguardando la soja sembrada con recelo en algunos casos, y en otras invadiendo las banquinas de la ruta que se divisaba de a ratos. Se imaginó cuando ella desde el auto contemplaba las vías que siempre le habían resultado curiosas para su mirada infantil.

A veces pensaba que esto de viajar podía resultar entretenido. Uno se encuentra con un montón de gente, que, después, en el mejor de los casos nunca más verá, en otras tal vez lo haga pero no las reconozca, como si fuera una única oportunidad de conocer, un "ahora o nunca".

El paisaje por la ventanilla se apreciaba monótono y mucha de la gente con la que compartía el vagón deambulaba por el pasillo. Algunos chicos correteaban en eternas persecuciones. Como no había televisión, cada uno apelaba a los entretenimientos a mano. Un diario, revistas, los celulares con sus jueguitos y la música incrustada en los oídos, algunos y a parlante pelado, otros.

Unos asientos más adelante le había parecido escuchar el llanto del niño-garrapata. Seguramente con hambre y sueño o con ganas de ir al baño. Más allá de las incomodidades del viaje, a Camila le gustaba el tren, aunque no fuese ni remotamente parecido al Eurotrans, ese que atraviesa toda Europa occidental, y que a pesar de no haber viajado en él, lo comparaba por la experiencia de su tía Beba. Pero, frente a la opción de viajar en colectivo, le parecía más interesante, más sociable y por supuesto: más económico.

La madre y el pequeño se dirigían a los baños pasando al lado suyo. Cruzaron miradas cómplices. El niño lloraba y al parecer la joven no sabía por qué, y le devolvía una mirada de fastidio. Camila se imaginó con un hijo en esa situación y la compadeció.

La chica esperaba ahora que desocuparan el habitáculo del sanitario, para poder pasar con su hijo que, por suerte, comenzaba a tranquilizarse. Cuando la chica volvía con su hijo desde el baño, el pequeñín había posado su atención sobre unos caramelos que sacaba Camila de una bolsita que tenía en su mochila. Le ofreció uno y el niño-garrapata escondió su rostro entre el cuerpo de su madre. Esta lo reprendió cariñosamente, entre las risas de ambas.

—¡Ey, Brian! ¿Qué se le dice a la chica? —Brian parecía un avestruz. Camila se rio.

—No te hagas problemas, no pasa nada. Le gustan, ¿no? —Estiró el brazo alcanzándole uno de los "palitos de la selva" que habían captado la atención de Brian—. ¿Cuánto tiene? —preguntó al tiempo que el chiquito agarraba con fuerza la golosina como si fuera un muñequito de goma.

—Dos años y medio, casi. —La chica hacía equilibrio con el niño que volvía a "agarrapatarse", esta vez en su espalda y en sus pechos haciendo un estruje insensato. Camila,

que advirtió su incomodidad, adicionada por el bamboleo del tren, le ofreció un lugarcito despejando el asiento que no tenía compañía.

—¿Querés sentarte? —le dijo mientras le hacía un gesto insistiendo—. Es grandote, pensé que tenía por lo menos tres.

—Viene grandote del nacimiento. Pesó más de cuatro kilos.

—Uhhhh, ¡¡¡enorme!!! Mirá vos, yo tengo una amiga que tiene una nena de un año y medio —Camila inclinó su cuerpo hacia la muchacha y le hizo gestos simpáticos a Brian—. Sí, la pobre lo tiene que criar sola, ¿viste? El novio se enojó, le hizo un escándalo y no lo quiso reconocer, decía que no era de él, "qué sé yo si es mío" decía, ¡como si lo hubiera engañado!… —La chica asentía con gestos de desaprobación ante la conducta que describía Camila—. Además, no entendía por qué él, de un día para otro, cambió y comenzó a ponerse agresivo.

—Los hombres son todos unos inmaduros... al final nosotras terminamos haciéndonos cargo de todo.

—¿Vos estás sola? —Camila había percibido una queja en el comentario.

—¿Y a vos qué te parece?

—No sé... —Camila se ruborizó sorprendida en la analogía.

—El padre del nene era, bah, es más grande que yo, digo, es un tipo grande, y también se fue.

—Ahhh, ¡qué lástima! Siempre lo mismo, se enteran y se rajan, ¿no?

—A mí el padre de Brian me salió con que tenía otra mujer y no quería, y yo, la verdad no lo sabía… ¿debía saberlo? En realidad, al poco tiempo de salir me dijo que no

estaba bien con su mujer, pero recién después de un tiempo.

—¿Y?

—Y que a pesar de eso, de que él me decía "eh, Petu, vos sabías que yo no quería un crío"...

—¿Petu sos vos? —La chica asintió con un gesto—. Ah, pero... ¿él se cuidaba?

—No, yo tenía que ir a buscar las pastillas al dispensario.

—¿Pero él nunca se cuidaba?

—No, nunca se cuidó. "No me gusta, no siento", me decía y cuando me venía, me decía que a él le daba impresión y entonces no nos veíamos.

—Ahh... —Camila pensó en lo extraño de las respuestas de algunos hombres.

—Sí... al final, lo tenés que hacer cuando ellos quieren.

—Y ¿viste? No es fácil. Mi amiga también la pasó, pobre.

—Por eso te digo que los tipos son unos inmaduros.

—Y, sí... —Un silencio se instaló entre las dos, donde las palabras quedaban de más. Permanecieron así un rato, mirando por la ventanilla a algunas vacas que pastoreaban en grupo, algún auto en sentido contrario al del tren. Camila conocía varias de esas historias por su participación en el grupo de la municipalidad. Sintió curiosidad por cómo la llamaba el padre de Brian—. Decime ¿por qué te dicen "Petu"?

—En mi casa, me decían Petisa, también "Natu" por Natalia, pero cuando vino mi hermanito me empezó a decir "petu" y finalmente todos comenzaron a llamarme así... pero mi nombre es Natalia, aunque todos me dicen Petu… ¿y vos cómo te llamás?

—Camila, me dicen Cami.

—Lindo nombre, si Brian era nena, se iba a llamar Camila.

—¿En serio? —La chica asintió con la cabeza de manera animada.

—Y a mí que mucho no me gusta mi nombre, encima es único, no me anotaron con otro.

—¿Qué? ¿No te gusta? ¡Es hermoso!

—No... bah, sí, ahora ya me acostumbré...

Permanecieron en silencio unos minutos. Camila contemplaba el paisaje escurridizo por la ventanilla del tren que parecía enlentecer su marcha. Posiblemente se detendría en alguna estación. Natalia se entretenía descascarando el palito de la selva que comenzaba a impregnar la ropa del niño. Camila pensaba cuándo se había quedado sola. De a ratos la observaba animada dialogando en un regaño tierno all niño-garrapata.

Atravesando la noche

El tren se detuvo unos minutos en la estación de Rafaela. La noche había comenzado a descender sobre el paisaje que iba adquiriendo un tono borravino nostálgico, con nubes bien altas que parecían estancadas en el horizonte. Solo el tren se movía, aunque lo que contemplaba desde su butaca aparecía y desaparecía con parsimonia de un extremo al otro de la cuadrícula vidriada. Camila por momentos se ensimismaba con su música y se aburría despidiéndose mecánicamente de los postes de la red eléctrica, y los numerosos árboles que se empequeñecían de a poco, muy, muy lejos de su mirada.

En cada estación los chirridos del frenado la aturdían y opacaban las palabras de la madre de Brian, con quien había entablado una animada conversación en la que Camila le contó de su tía Beba y del malestar en su familia. Petu había abandonado la escuela, un poco por la atención que le demandaba su bebé. El estudio quedaba al margen, tapado por las urgencias de la crianza. Como el viaje que emprendía era para visitar parentela, volvería en unas semanas. Le daba a entender que en algún momento retomaría la escuela, a pesar de las contingencias y las innumerables dificultades que se le presentaban. El hambre de Brian, visiblemente manifestada en sus quejas y llantos insistentes, hizo que la

charla que mantenían quedara suspendida para un después que no tenía una medida de tiempo precisa.

Pensó en invitar a Natalia a tomar unos mates durante la noche, mucho después de cenar para combatir el sueño que adivinaba vendría medio mañoso. La incomodidad de los asientos escuadrados —para nada reclinables— le daban indicios de una obligada vigilia. El tren, luego de tantos quejidos, finalmente se detenía.

El tren, a medida que se realizaba la ceremonia del descenso e ingreso de nuevos pasajeros en cada estación, se iba llenando durante el recorrido y los asientos de a poco se iban ocupando. Hacía unas horas que habían partido desde Rafaela, y a la medianoche llegarían a la estación de Ceres, cada vez más al norte de la provincia, ya en el límite con Santiago del Estero. Su cena había consistido en unos triples comprados en la estación. Con eso se daba por satisfecha. En su bolso tenía una exagerada provisión de galletitas, masitas, caramelos, bizcochitos, que la había obligado a traer su madre.

En el movimiento de sube y baja de pasajeros, Natalia le preguntó si no tendría inconvenientes para ocupar el espacio del asiento que estaba al lado suyo ya que prefería estar con ella.

—Pero si no te molesta Brian —se atajó.

—No, por favor, estoy acostumbrada.

—Ah, ¿de verdad? —Petu parecía descreer de la afirmación de Camila.

—Te digo en serio, con lo que te conté de mi amiga...

—Entonces traigo mis cosas y las del nene.

—Sí, dale. —Camila hacía lugar en el asiento.

—Por suerte no traje tantas cosas.

—¿Ya va al baño solo? —Camila miraba a Brian.

—Sí, por suerte, hace unos meses dejó los pañales... un montón de plata se me iba —comentó aliviada.

—El hijo de mi amiga, todavía usa… y sí, como decís vos, cuestan un montón.

—Además, tenés que andar cambiándolo y si tenés que viajar, ¿viste? Es un lío...

—Mi amiga prefería no viajar. Una vez la invité con mi familia de vacaciones, pero creo que por el bebé no quiso, aunque mis padres no tenían inconvenientes, la conocen desde que estamos en la primaria y por el espacio no hay problemas, porque el auto es grande. Pero a pesar de todo eso, no quiso.

—Pasa que a veces vos, por más que te insistan, no querés molestar.

—Sí, pero no era el caso, porque mis padres le decían que no era que no molestaba sino que les gustaba que viniera ella con el bebé.

—¿Lo decían en serio?

—Qué sé yo, supongo que sí. —Camila trató de concentrarse en la sinceridad de sus padres. Recordó que en algún momento había escuchado alguna conversación secreteada, horrorizándose solo de pensar si a ella le pasara algo así, y rezándole a un dios en el que no creían, que la amistad con su amiga no tuviera efecto contagioso.

—Mirá vos, qué buena onda tus viejos. —Camila prefirió guardarse sus pensamientos. Petu completó el mate y le alcanzó otro a Camila. Mientras ella lo tomaba, retomó el hilo de la conversación—. ¿Y por qué viajás sola? —Mientras le preguntaba, sacaba el yerbero que tenía en uno de los bolsillos del bolso. A Camila la pregunta la tomó por sor-

presa, y se quedó pensando en las discusiones y las tensiones que se habían generado a raíz de su decisión de viajar.

No sabía si confiarle a Petu, a la que apenas conocía, todas estas diferencias que se habían suscitado con sus padres, el silencio de todos estos años con su tía, su bronca por el ocultamiento, el insospechado *nehandertalismo* manifestado por su papá acerca de su vida privada, y otras intolerancias que a ella la habían exasperado. Con paciencia tibetana había esperado todo el año para viajar y disfrutar por fin de la única tía que tenía. Y ya no aceptaba palos en la rueda. En este momento de su vida, no. Había terminado la escuela, no se había llevado materias, cumpliría en unas semanas dieciocho años y pretendía mínimamente que se la tratase como una mujer adulta, ya no como una niña. Y a veces, en su casa, se contradecían, exigiéndole responsabilidades de la vida que ella pretendía aunque la mandoneaban como cuando tenía ocho años.

—La historia es larga... —Camila dijo al fin, con un suspiro. Petu comenzaba a amansar la yerba con un chorrito de agua fría.

—Ah… no sabía, está bien. —Natalia sintió la incomodidad en Camila y pensó en el hecho de su viaje con su hijo. Solo ellos dos.

—Qué sé yo, pasa que… —El *ringtone*, salvador, del celular de Camila invadía el silencio de incomodidades que la adolescente trataba de ocultar—. ¿Sí? ¿Qué pasa?… Bueeeno… sí estoy bien —hablaba estirando las palabras, acentuando su fastidio con su interlocutora al tiempo que le hacías señas a Natalia—. No te llamé porque no había nada, qué sé yo, estoy acá en el tren, si pasaba algo te llamaba. Bueeno disculpame… no es para que te pongas así —continuó dialogando con evidente malestar y con la in-

tención de querer culminar la conversación, que se asemejaba a un inevitable monólogo que viajaba muchos kilómetros para llegar a los sufridos oídos de Camila—. Bueno, ma, te dejo un beso.

—¿Tu mamá?

—Sí. —Camila volvió a la compostura con un semblante más aliviado.

—Me di cuenta.

—Insoportable. —Ambas adolescentes se rieron al reconocerse en la semejanza del sufrimiento impuesto por sus madres—. Bueno aunque con mi mamá nos hablamos, pero con papá, ahora no. No quería que viajara, bah mi mamá tampoco, pero ella por lo menos me acompañó hasta la estación. Pobre, es un poco densa, y ¿viste? te está encima todo el tiempo —hizo el gesto como de cargándose algo pesado en su espalda—, pero es buena la pobre...

—Mi vieja también es rehincha pelotas… y no sabés cómo se había puesto cuando estaba embarazada.

—Me imagino, aunque por lo menos a vos te estaban encima... a mi amiga no le daban ni media bola.

—¡Ay, pobre!

—Sí, la verdad que la pasó mal.

—Y si el padre no ayuda, peor.

—Sí, tal cual. El padre es un bobo, un inmaduro.

—¿Viste? Los tipos siempre se borran. Hasta te ponen en duda si es de ellos.

—Y porque la viven de afuera. ¿Viste que se dice que madre hay una sola pero padres pueden ser muchos?

—Sí, yo tenía una amiga que decía que no sabía quién era el padre porque "había tanta gente esa noche".

—¿En serio? —Natalia se irguió en el asiento sorprendida.

—¡Pero nooo! Lo decía en broma. —Soltó una carcajada contenida para no despertar a los demás pasajeros y a Brian, que finalmente con la panza llena, había desistido de la vigilia sobre la falda de su madre.

—Ay, ¿te enteraste? —Natalia cambió el tono de voz y se acercó a Camila que respondió enarcando las cejas— De la chica, esa que no la encuentran.

—Ah, sí... escuché algo por la radio de alguien, acá en el tren.

—Me hace acordar a la chica que la estuvieron buscando durante un año.

—Sí, María Cash, ¿no?

—Sí, esa, pobre.

—A mí me impresionó más el de la nena. ¿Te acordás?

—Ay, sí Candela, ¿no?

—Sí, pobrecita...

—Parece que un tío de ella estaba metido.

—Sí, también cuando hablaba la madre por los noticieros no convencía a nadie.

—Al final siempre pasa lo mismo, cuando la comienza a buscar la policía ya es tarde.

—Hay una película que vi el otro día. "El sustituto", ¿la viste? —Natalia hizo un gesto negativo con la cabeza mientras tomaba el mate.

—Se trata que la madre no encuentra a su hijo en casa y va a hacer la denuncia pero la policía le dice que recién cuando pasen veinticuatro horas comenzarían a buscar, algo así, y le explican que ese es el procedimiento, porque en muchos casos la madre tiene una relación mala con su hijo, y los chicos se escapan, como una travesura, y ese tipo de cosas. El asunto es que la empiezan a bardear y a poner en duda lo que ella denuncia que es la desaparición de su

hijo. Al final el nene desaparece y no te imaginas cómo queda la madre, destrozada. —Natalia, visiblemente impresionada, apretó a Brian que dormía sobre su regazo.

—Si a Brian le pasara algo así, me muero...

—Me imagino...

—Pero ¿viste? La policía es como que no te cree.

—Sí, y además deja pasar el tiempo —se quejó Camila.

—Claro, por eso te digo que al final, cuando comienzan a buscar ya es tarde...

—Son un desastre...

—Sí, y encima es como que te hacen sentir mal, como que la culpa es tuya, que "cómo no sabe dónde está su hijo", o te preguntan "¿dónde estaba usted cuando dice que su hijo desapareció?" —Natalia imitó la voz del policía impostando la voz más grave riéndose con sorna. Luego le alcanzó otro mate a Camila que se quedó pensativa unos segundos. Mientras que su semblante se iba endureciendo— ¿Sabés? A una amiga le pasó algo así. —Natalia tenía el mate en la mano y su mirada quedaba atrapada por la oscuridad del paisaje nocturno. El viento fresco despeinaba su flequillo despejando sus grandes cejas. La belleza de sus facciones se endurecía con el recuerdo. El ritmo ruidoso del tren se magnificaba por el silencio producido entre ambas. Camila comprendió rápidamente que la vivencia —reciente o muy cercana— había generado una herida que aún continuaba abierta.

—¿Te sentís bien? —Natalia respondió con un cabeceo de asentimiento. Sus ojos brillaban — ¿Qué te pasó? — El cebado había quedado suspendido.

—Pasa que a una prima que la quiero un montón, le pasó eso con su hija.

—Uhhh, no me digas.

—Sí, le pasó igual que la nena que hablábamos recién.

—¿Candela? ¿Y qué le pasó?

—La nena nunca apareció.

—¿En serio? ¡Aaay qué horrible! —Camila intentó reclinarse sobre el respaldar, como queriendo espantar una verdad que la alcanzaba a través de las palabras de Natalia. En realidad, ya había escuchado historias como esa, pero cada vez que sucedía, en su interior se inquietaban sus temores más abigarrados. Recordó a su amiga.

—Mi prima es más grande que yo, bah, en realidad, para mí es como una tía porque me ayudaba un montón... ella me lleva más de diez años y su hija, mi primita, tenía … tiene —la voz se le quebró— tenía cuando le pasó eso doce años.

—¿Y cuándo sucedió?

—Hace un año.

—Más o menos al mismo tiempo que cuando pasó lo de Candela.

—Sí, pero acá no le dieron tanta televisión. ¿Viste? No salió en los programas y todo eso, no sé por qué. —Se quedó en silencio unos segundos visiblemente emocionada. Una lágrima comenzó a desprenderse jugueteando un cauce salado sobre su mejilla.

—¿Y no se supo más nada?

—Sí, cada tanto aparece algo que le da esperanzas, pero para mí lo hacen, no sé por qué… qué sé yo... en realidad, no entiendo nada.

—A mí, mi tía, la que voy a visitar en Tucumán, me contó que hace unos años hubo una noticia de algo así de una nena que había desaparecido, pero eso había ocurrido mucho tiempo atrás … —Camila interrumpió su relato porque observaba que Natalia no la escuchaba. Alguien le

había enviado un mensaje de texto y mientras con un brazo se secaba las lágrimas, le escribía con el que le quedaba libre.

—Ay, disculpame, era mi tía de la que te hablaba recién. Ni que la hubiera llamado.

—¿Pasó algo?

—No, quería saber cómo estaba.

—Ah, buena onda, tu tía.

—Sí, la re quiero.

—Che, ¿le cambio la yerba al mate...? —Camila buscaba retomar el hilo de la conversación, tal vez para animarse, no tenía ganas de dormir, y de manera automática había comenzado a preparar su mate nuevamente, repitiendo la rutinaria secuencia del vaciado del mate, guardar la yerba vieja en una bolsita, sacar el yerbero, llenarlo nuevamente, agregarle un poquito de azúcar para cortar la acidez, invertirlo, echarle un chorrito de agua fría para que no se lave la yerba tan pronto. Por eso Natalia se la quedó mirando ya que la pregunta parecía innecesaria. Todo estaba hecho. Un gesto de esta hizo caer en cuenta a Camila que se rio al descubrirse en una obviedad—. Bueno, en todo caso la pregunta sería otra, ¿no? —Natalia sonreía.

—Sí, creo que sí. Bueno dale, hagamos otra ronda. Yo busqué agua en la estación. Si querés usamos la mía.

—Yo también busqué, así que empecemos con esta y después seguimos con la tuya. Tomá.

—¡Ay, qué rico! Necesitaba un mate bien cebado.

—Sí, el otro mate era un asco, el agua estaba helada y la yerba...

—Bueh, mejor no hablar, somos un desastre con el mate.

—Ah, te decía. —Camila hizo un gesto de recordar

lo que tenía en mente al tiempo que se cebaba un mate—. ¿Viste lo que te decía de mi tía? —Natalia le devolvió un gesto de no recordar—. Bueno, lo que te había contado de la nena esa que había desaparecido.

—Ah, sí, te corté cuando me mandó el mensaje mi tía.

—Bueno, la historia es terrible, salió en los diarios de la época pero se supo lo que había pasado, casi veinte años más tarde. La mujer que declaró en aquel juicio se llamaba Mariela, creo, pero la bomba fue que lo denunció a su propio padre.

Camila relataba y el tren proponía un ritmo de ligeros bamboleos. La noche se cerraba y el paisaje, oscuro y sin luna, permitía observar las estrellas en toda su magnitud. Brian dormía acurrucado en la improvisada camita sobre el asiento. Natalia escuchaba absorta. El drama había tenido lugar muchos años atrás, en una época en que ni ellas existían. Pero la historia comenzaba en un juicio que había ocurrido tan solo hacía unos meses y había explotado en los medios y horrorizado a la opinión pública. La chica que había desaparecido cuando niña se llamaba Yamila, y su amiga Mariela, al parecer, sabía lo que le había pasado y se decidió a declarar ya de grande. Su padre había violado a su amiga y la había hecho desaparecer y por supuesto amenazado a su hija, que algo había visto o reconocido.

Camila reflexionaba con Natalia acerca de no reconocer algunas situaciones de violencia que no se ajustaba solo a los noviazgos o las relaciones de pareja, sino que había otros "escenarios" que resultaban muy propicios para otros tipos de violencia, pero donde las víctimas eran siempre las mujeres.

—En una noticia leí que si la chica tenía más de dieciocho años al que traficaba a las mujeres no le hacían nada.

—¿Cómo?

—Sí, algo así. Como que si la víctima dice que le gustaba, que no la obligaron, algo por el estilo, al tipo no le pasa nada.

—¿Eh? ¿En serio?

—Sí. Bueno, es lo que entendí.

—Una barbaridad...

—Sí, pero sabés que lo más chistoso es que cuando se comprueba que a la chica la obligaban a prostituirse, ¿sabés qué pena le dan?

—Ni idea...

—A ver decime algo, tirá un número...

—No sé, ¿perpetua? —Camila estalló en una carcajada forzada llevando sus manos a la panza. Petu lamiró sorprendida y con expresión de desconfianza—. ¿De qué te reís?

—¿Perpetua, dijiste?

—Sí, qué sé yo. Me decís que obligan a una persona a prostituirse, digamos que le cagas la vida para siempre.

—Sí, es como que te obliguen a ser violada todos los días, ¿no? Así y todo no le dan perpetua.

—¿En serio? Pero... ¿Y cuánto le dan?

—Menos, mucho menos.

—¿Veinte años?

—Menos.

—¿Diez?

—Menos.

—¡Ah, bueeeeno!... parece una broma.

—Sí, una broma, pero de mal gusto.

—¿En serio que menos de diez años? ¿Pero cuántos

años les dan entonces?

—Cinco años. Eso le dieron a un tipo que torturaba a una chica... el caso era que a la chica la habían secuestrado dentro de la misma ciudad. Después, en el juicio, la pobre tuvo que hablar delante del abusador. La pasó re mal, imaginate.

—¿Vos me decís que a ese abusador le dieron cinco años?

—Parece que sí, solo cinco años...

—¡No puede ser!

—Qué sé yo, tal vez me esté equivocando, pero por lo que sé es así.

—¡Por favor!

—Bueno, en ese taller que te contaba, lo que nos decían era que la ley que había, porque creo que ahora hay otra, hacía que en algún momento la chica tenía que enfrentar en el tribunal a esa persona.

—¿A quién?

—Al abusador, bah, al que la había secuestrado… al secuestrador.

—¿Al que la obligaba a prostituirse? —. Petu no podía salir de su asombro.

—Y, sí. —se lamentaba Camila.

—¿Y para qué tenía que hablar con el que la había secuestrado? Es un bajón...

—Es horrible... tener que verlo. ¿Te imaginás?

—Sí, la verdad, es-pan-to-so, hay cosas que no entiendo...

Las preguntas de Camila

El cansancio las había vencido de tal forma que ni siquiera la magnitud de los chirridos de las ruedas frenándose sobre las vías las despertó. La noche, con una luna radiante y plena, amanecía en el horizonte bañando de claridad y de sombras la geografía santiagueña. Colonia Dora había quedado atrás, enmudecida e invisible para las dos adolescentes y el pequeño, que también dormía sobre el regazo de su madre. Para la próxima estación, en La Banda, restaban algunas horas, las suficientes para que la luz del día las espabilara luego de un incómodo aunque demoledor sueño. El tren continuaba su rítmica y parsimoniosa marcha. Camila, en duermevela y con un dolor en su cuello que amenazaba invadirle la cabeza, se reprochaba en parte su tozudez al decidir viajar en tren, cuando su tía le había ofrecido otro medio. Pero no, para ella, este viaje representaba su determinación frente a las diferencias con sus padres y, reafirmaba que si ella quería algo no esperaría dádivas ni ayudas de nadie. Como el dinero que le ofreciera su madre a escondidas de su padre, que incomprensiblemente aún se mostraba ofendido.

Al principio de sus sospechas se le presentó la sorpresa de la semejanza en el apellido, en ocasión de recibir un mensaje de una mujer cuyo nombre y facciones le resul-

taban más que familiares. Se sintió intimidada por aquel parentesco inusitado y hasta ese momento desconocido. Su primera reacción fue negar todo lo que aquella mujer, apodada Beba, le aseguraba: un vínculo sanguíneo impensado. Unos días después, cuando su tía le revelaba detalles tan íntimos de su infancia que ni ella conocía, comenzó a considerarlas seriamente y además a preguntar.

—Mami, cuando yo nací, ¿quiénes estuvieron?

—¿Quiénes estuvieron? —Andrea respondía sin mirar a Camila, mientras escribía en el teclado de una PC instalada en el living de su casa, que de más chiquita usaba solo cuando no se sentía amenazada por la mirada de sus padres, ya que le fastidiaba que hurgaran en sus conversaciones o por dónde ella navegaba. Por suerte ahora con su celular había resuelto esos problemas de privacidad.

—Sí, "quiénes estuvieron". De la familia me refiero, ma... —contestó mufada.

—¿Y se puede saber… a qué viene esa pregunta? —Ahora Andrea se acomodaba observando a su hija, que apoyada en el marco de la puerta de la cocina, permanecía inmutable.

—Qué sé yo, se me ocurrió preguntarte ¿no puedo?

—Sí, sí. Solo me sorprende que vengas así y me preguntes eso.

—¿Tiene algo de malo?

—No, no estoy diciendo eso, Camila, pero venís de golpe y raje… este… ¿podemos hablar después? Ahora estoy revisando mi correo.

—¿Y quién me regaló el peluche de la ranita? —Camila hacía caso omiso a la petición de su madre, que atendía a la pantalla.

—¿Cuál peluche? —Andrea acercaba su vista a la pan-

talla protestando por el tamaño de las letras.

—¿Cuál? Ese que yo jugaba de chiquita.

—No sé, Cami, tuviste tantos...

—Ay, mamá, ¡hay como una docena de fotos mías con ese peluche!

—Ah sí. —Hacía un gesto de recordar—. La ranita.

—Sí, "la ranita". —Camila acentuaba burlona cada sílaba, y mostraba su fastidio contra la desmemoria repentina de su madre a quien no se le escapaba detalle y como el personaje de Borges "Funes, el memorioso", recordaba cada segundo de su vida.

—¿Y se puede saber a qué viene la pregunta? ¿Qué pasa con esa "ranita"? —La madre advertía la ironía en el tono de su hija y le devolvía una sonrisa complaciente, fijando sus ojos en los de ella y, tratando de indagar hacia dónde querría llegar, sintió un repentino cosquilleo en la panza.

—¿Qué pasa? Quiero saber quién me la regaló.

—La verdad, no me acuerdo... uno de tus tíos. —Andrea apuró la respuesta y desvió la mirada para concentrarse en la pantalla del monitor. Camila comenzó a echar humo por los oídos.

—¿No será una "tía"? —resaltaba esta palabra, ya que toda su parentela se conformaba en su mayoría por varones, que se relacionaban muy próximos al círculo familiar y por el lado sanguíneo de su madre.

—Bueno, sí, posiblemente...

—¿Pero te acordás qué tía?

—Ay, Camila, ¿esto es un interrogatorio? ¿A qué vienen tantas preguntas?

—¿No te acordás quién me la regaló? —Camila insistía, al parecer su madre no se sentía muy a gusto con la conversación.

—No sé, mi amor... —La madre de Camila volvía a teclear en la PC.

—¿Querés que te ayude? —. Camila apuntaba con cada palabra al corazón de la hipocresía familiar. Su madre, visiblemente fastidiada, interrumpió y miró a los ojos de su hija que permanecía inmutable.

—¿Y si sabés para qué me estás preguntando? A vos te pasa algo y no me lo querés decir.

—¿Te suena el nombre de Beba? —Andrea absorbió el impacto y comenzó por adquirir un rubor violáceo. Su rostro se desdibujó durante algunos segundos. A Camila no se le escapó la estocada, aunque ahora su madre recuperada, arqueara sus cejas en señal de desconocimiento. Entonces arremetió decidida—. La hermana de papá...

La adolescente completaba su ataque con precisión quirúrgica. Su madre, se desmoronaba sin posibilidad de recuperación. Se refugiaba, con sus ojos derrotados, en la pantalla del monitor. Las manos inmóviles amagaban escribir sobre el teclado. Permaneció así algunos momentos, en los que Camila comprendió que aquella mujer que le aseguraba que era su tía no le había contado mentiras. Seguramente todo lo que, desde sus palabras, ahora sabía, pero durante años le habían ocultado, también era verdad. Que la intolerancia primitiva de su padre, al enterarse de sus inclinaciones sexuales, la expulsó de su vida y de la de todos. Que no se hablaban siquiera con su madre, aunque al principio y a escondidas con ella mantuviera un intercambio epistolar durante algunos años, para extinguirse sin anuncios previos, como esos riachos que disminuyen su caudal y que, al cabo de un tiempo, los recordamos con agua, pero en un pasado melancólico y lejano.

—La conocés ¿no? —Camila no daba respiro.

—No es como pensás, hija, pero a veces las cosas son complicadas... la historia es larga...

—Podés ahorrártela, porque ya me la contó ella.

—¿Ella?

—Sí, la tía Beba...

—Ah… pero ¿cómo la contactaste? —La madre continuaba desmoronándose.

—Eso no importa, ma. Pero para que sepas y te quedes tranquila, por las redes sociales no es tan complicado encontrar gente, ¿no? Y a veces las fotos no dejan lugar a dudas.

—El problema es tu padre, en cierto sentido tiene razón, es su hermana.

—Pero mamá, ¿qué me estás diciendo? ¡También es mi tía!

—Bueno, no te enojes... vos no entendés.

—A veces no te entiendo, ¿sabés? Vos te carteabas con ella, ¿no?

—Sí, pero…

El diálogo se había transformado en una suerte de vanas justificaciones por parte de la madre, ante el brete en el que había quedado constreñida. La adolescente, irónica, develaba cada una de las contradicciones en la que estaba subsumida Andrea. Además, con cada reproche evidenciaba la asimetría que existía en las voluntades individuales de ella y su padre. La mujer se había cansado de discusiones que, la mayoría de las veces, se originaban en la irascibilidad de su marido, y se agotaban en la conformidad de un silencio conservador, principalmente de su preservación, en algunas ocasiones, física. Ella misma recordaba la opor-

tunidad en la que su cuñada, había confirmado algunas de las sospechas que observaban en la familia. Tal vez, si estas sospechas hubieran permanecido en ese estado, larvario, por así decirlo, podrían haber sobrellevado una convivencia tolerable. Pero Beba, con su compulsión por la verdad, había insistido en correr el telón de su vida privada y terminó por presentar a esa mujer... como... su pareja, que después de tantos años no recordaba ni el nombre siquiera, pero lo cierto es que era otra mujer. Carlos, su esposo y hermano de Beba, se había puesto como loco, colorado. Ella supuso que estallaría por la presión, que debería estar por las nubes. Su esposo le propinó un montón de barbaridades, sí, eso lo entendía pero al fin y al cabo Beba era parte de la familia de su esposo y ella no debería meterse en sus asuntos. A ella, en cierta medida, le había chocado la confesión de Beba, aunque en realidad desde el momento en que la conoció, tuvo la impresión que a su cuñada le gustaban las chicas. No es que tuviera modos masculinos, no, eso no. Sino que tenía que ver con otros detalles, tal vez la forma de mirar... sí. Definitivamente la mirada. Como cuando hay alguien que le gusta a una, y esa persona se da cuenta, sin que se pronuncie una palabra. Se siente. Precisamente eso mismo le había dicho su amiga, cuando la presentó en aquel bar en ocasión de su cumpleaños. Beba había hecho coincidir un congreso de arquitectura, porque ella se dedicaba a esas cosas, y de paso, aprovechar para descansar unos días durante el fin de semana. El sábado por la noche Andrea había organizado una reunión en un restaurante con karaoke y esas cosas... El asunto es que su amiga le había confesado la novedad en el baño.

—Che, tu cuñada me tiró onda. —La amiga se acercaba al espejo y acentuaba el color de sus labios.

—Ay, pero ¿qué decís? —Andrea se retiraba espantada por la confesión

—Te digo que me tiró onda —insistía, con el lápiz labial en una de sus manos y con la otra juntando los dedos hacia arriba. Andrea cambiaba el semblante de a poco.

—¿En serio? —Su tono cambió abruptamente, denotando preocupación.

—Y, ¿qué querés que te diga? A mí no me quedan dudas... —La amiga dibujaba una sonrisa, como si el tema la divirtiera. Andrea permanecía con la mirada, ahora perdida en la inmensidad del reflejo del espejo.

—Y, ahora que me lo decís, a mí me había parecido... pero nunca pensé...

—Ah, ¿viste? No es idea mía... —interrumpió.

—No, sí... ya sé. —Andrea estaba lívida. Tomó de un brazo a su amiga, que abandonó el maquillaje y la miró a los ojos —. Por favor, no vayas a decirle nada a Carlos.

—¿Eh? —. Ahora su amiga se volvía a Andrea y la miraba fijo.

—Sí, por favor, no vayas a comentar algo porque él no sabe nada.

—¿De verdad que no sabe nada? No te puedo creer... —se quedó pensativa unos segundos y luego agregó—: aunque pensándolo mejor, la mayoría de las familias no ven lo que les sucede delante de los ojos...

—Mirá, lo que te puedo decir es que si se entera Carlos, se arma una...

—Vos sabés lo que pienso de Carlos, me parece lo más parecido al Hombre de las Cavernas.

—¡No seas exagerada!

—¿Exagerada? ¿Yo? Mirá, querida, recordá que recién ahora podemos vernos de vez en cuando y cuando está él...

porque si no se vuelve a enojar. —La amiga negó con la cabeza mientras volvía a la carga con el rubor.

—No es tan así… —protestó. Su amiga, repentinamente, volvió a clavarle los ojos incrédula de la desmemoria repentina de Andrea.

—A ver, ¿te acordás cuando lo conociste?

—Sí, ¿qué pasa? —Andrea enarcó sus cejas. Este gesto exasperaba a su amiga.

—¿Me vas a decir que ahora te olvidaste que te hacía un escándalo si salíamos solas? —Andrea con la cabeza gacha, asentía—. Bueno... ¿entonces? Es un machista y yo te lo dije un montón de veces, pasa que vos... en fin, dejémoslo ahí... —suspendió las palabras para completar el color en sus labios y prosiguió—: pero en fin, querida... allá vos. De todas formas, quedate tranquila que no voy a decir nada.

A partir de ese momento ella temió por lo que su marido pudiera reaccionar al conocer las inclinaciones de su hermana. Aquella noche no sucedió nada más que lo que le contó su amiga, aunque a Andrea le fue ganando la garganta, una extraña sensación de ahogo que se prolongó durante toda esa reunión.

Meses más adelante, se desencadenaría la tormenta eléctrica tan temida, con motivo del cumpleaños número tres de Camila. En esa ocasión, Beba se apareció y presentó sin preámbulo a su amiga como su pareja, explicando que ella los quería demasiado para mentirles y una serie de argumentos que ya no recordaba. En principio, por la amarga desesperación que le ensordeció sus sentidos, y en segundo lugar por los gritos e improperios que su esposo vomitó como un animal rabioso.

Andrea, en esa ocasión, temió por lo que pudiera pasar, ya que entre los hermanos comenzaron a decirse insensateces aunque la delantera, y por varios cuerpos, la tomaba Carlos, que le recriminó, por sobre todo, sus preferencias sexuales. Seguramente y lo que él no expresaba, era que hubiera preferido el silencio de los afectos de su hermana, a esta verdad que lo aturdía y no toleraba. Para él, al igual que los cruzados del siglo XII, la homosexualidad era una enfermedad, una ofensa a Dios y por ende debía ser repudiada, castigada y combatida.

Camila tenía otras convicciones y no le "jugaban" —como acostumbraba decir— estas posiciones de su padre, tan guturales... propias de un cavernícola. Por eso, se había hastiado de las discusiones entre sus padres, cuyo significado nunca comprendió, hasta que tomó conocimiento de su tía. Desde ese momento, colmada, decidió correr aquel manto de hipocresía construido a la medida de sus progenitores.

El exilio de Beba

En ese tiempo, Beba sabía que si le contaba a su hermano la realidad de su intimidad, le produciría un escalofrío en el rincón de sus intolerancias más acérrimas. El solo hecho de poner blanco sobre negro en algunas cosas que los demás "suponían", o en el mejor de los casos, que sospechaban, cambiaría los términos de su relación con él.

A pesar de tomar conciencia de la situación, abrigaba la esperanza que operara un milagro y su hermanito, de una buena vez por todas, abandonara sus prejuicios homofóbicos y pudieran compartir un café, conversar de sus miedos, hasta quizá hablar de su futuro. Pero, al mismo tiempo que albergaba esta esperanza, concurrían a su memoria viejos temores por aquellas conocidas reacciones intempestivas, cargadas de intolerancia y furia, que la desconcertaban.

Varios años antes, ya gritaba a viva voz sus opiniones acerca de la homosexualidad, en sus grupos del club, del trabajo, y hasta en la mesa familiar. Aseguraba que a todos los que tuvieran esas preferencias retorcidas les esperaba un merecido infierno en el más allá. A Beba, cada una de aquellas palabras cargada de desatino e intolerancia le dolían en el alma.

—A los putos estos hay que matarlos… —propuso infame escuchando por la radio, una canción del grupo Vi-

rus, y anunciando que en su gira, brindaría un recital en San Miguel de Tucumán, en dos semanas.

—¿Pero cómo decís eso? —Beba dejó el pocillo de café.

—No hables así, Carlos —le recordó su madre.

—Yo estoy de acuerdo, cada tanto el tarambana de mi hijo dice alguna sensatez —reflexionó risueño el padre, que encendía un cigarrillo en la hornalla de la cocina.

—Para mí no es chistoso que digan eso, papá. —El semblante de Beba se ensombreció.

—Beba tiene razón, Daniel —intervino su madre dirigiéndose a su esposo—, no me gusta que hablen así en la mesa.

—… parecen unos nazis —Beba pronunciaba cada palabra con amargura.

—¿Nazis? —Carlos falsamente ofendido buscaba con la mirada a su padre y levantaba los brazos como alas en cruz—. ¿Y ahora quién es la que ofende?

—No te hagas la mosquita muerta…

—Chicos, no empiecen por favor. —La madre miró a su marido que contemplaba la escena todavía desentendido.

—Decile vos a tu hijo que no hable así, como una bestia... —reclamó Beba.

—¿Bestia, yo? —Carlos abrió sus ojos como un patí—. ¿Ahora tenés miedo que me escuchen tus "amiguitos"?

—Mirá, hijita, quiero que sepas que no nos gusta que te juntes con "esa gente", sin embargo... —El tono de voz del padre de Beba se agravaba paulatinamente, con cada palabra. Tenía la costumbre de aspirar y hablar expeliendo el humo en medio de la frase, al tiempo que su rostro se difumaba detrás de cada pitada.

—¿Me podés decir a qué te referís con "esa gente"?

—Beba clavó sus ojos en los de su madre, buscando apoyo. Su madre volvía, incómoda, a sus quehaceres con la mirada fija en la salsa en la olla. Preparaba la comida de la noche.

—El Rodrigo y todos tus amiguitos raritos… —Su hermano derramaba combustible a un intercambio que ya tomaba niveles ígneos.

—¿Raritos? ¡Para mí primero son personas! ¿Sabés? Si para vos son raros, es un problema tuyo —Beba estaba iracunda.

—Beba, no es para ponerse así. Solo te decimos que para nosotros es una situación un poco incómoda que te muestres con esa gente. —Su padre la restregaba contra la realidad de las formalidades y las buenas costumbres de la sociedad norteña.

—¿Incómoda?

—¿Te lo tengo que explicar, hija? —Su padre acentuó un gesto que no permitía dudas acerca de la severidad del pedido.

—Sinceramente no entiendo a qué quieren llegar...

—Parece que la que se hace la mosquita muerta sos vos… —Carlos contraatacó, aprovechando el envión del padre.

—Con vos no estoy hablando ahora. —Beba clavó la mirada en su padre, que continuaba atrás del humo de cada pitada.

—Imbécil, ¿no te das cuenta? Papá te está diciendo que nos hacer quedar como el culo, juntándote con esos putos de mierda. —A Carlos parecía ganarlo la posesión de un espíritu aborrecedoramente intolerable.

—¡No te voy a permitir que me digas eso! —Beba se incorporaba de su silla—. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Díganle algo! —Carlos parecía descarriado y sus padres sin ánimo de

encarrilarlo. Su padre por compartir algunas de las bravuconadas, su madre por el tenor que había adquirido la conversación. Carlos, atento al silencio parental, arremetió.

—¿Quién te crees que sos, nena? ¿A vos no se te puede decir nada? —concluyó triunfante.

—¡Chicos, por favor! —La madre buscaba comer en paz y poner paños fríos a una situación que ardía en la fiebre de la prepotencia. Imploró a su esposo, que satisfecho de la declaración de principios de su hijo, cabeceó una respuesta—. Daniel, deciles por favor que dejen de discutir.

La falta de sentido común caracterizaba este tipo de discusiones. Beba sabía que la batalla estaba perdida antes de comenzar. Con el comportamiento evasivo de su madre, con el satelitismo discursivo de su padre, su hermano encarnaba el pensamiento de sus padres de manera directa y tortuosa. La prueba estaba a la vista de todas las consideraciones. La cuestionaban a ella por sus amistades, porque les aterraba preguntarle sobre sus elecciones de vida, temerosos de una verdad que preferían negar de raíz. Con dieciocho años, Beba registraba este mapa político en la mesa familiar, y la confrontaba con un presente de cuestionamientos familiares irracionales, y un certero futuro de intolerancias.

Si bien el pasado familiar no le permitía dudar de las reacciones, siempre desmedidas de su hermano, consideraba que un milagro podía permitirse acobijar. Deseaba un cambio, tal vez el hecho de formar familia hiciera entrar en razón a Carlos. Pero Beba no tenía dimensión del presente de su hermano. Tal vez disfrazado por las distancias geográficas, suponía que este había cambiado, o al menos morigerado sus reacciones incorporando la tolerancia en sus modos cotidianos. Pero más que una hipótesis conductual,

estas cavilaciones obedecían a secretos anhelados completamente infundados. Por eso, cuando volvía a reflexionar con los pies sobre la tierra de sus realidades y su historia, no le quedaban dudas acerca de las consecuencias y, por supuesto, de la probable reacción de su hermanito.

Y así fue. La fuerza del tornado que se generó tras su abrupta sinceridad, la había expelido como una centrifugadora que abría su compuerta de seguridad. Como cuando de chicos, jugaba con su tío Telio al helicóptero y daba vueltas y vueltas aferrada a sus dos manos como único pasaporte de diversión. Pero Carlos, sin sorpresas, la expulsó de su red de afectos sin ningún reparo. Él se encerró en sus responsabilidades empresariales en la zona de Rosario, y ella regresó a la tierra de su infancia. Sin sorpresas, recordaba cada segundo en ese eterno viaje en el tren de regreso a su casa en Tucumán, en las afueras de San Miguel.

Trece años más tarde, la situación era más o menos la misma. Ahora, su interlocutora era su crecida sobrina a la que había detectado por Facebook. Las similitudes en los rasgos resultaban inequívocas, era ella. Aquella pequeñita que parloteaba como un lorito con tan solo tres años, ahora se mostraba una hermosa jovencita, con mirada desafiante que le recordaba sus años de adolescente. Beba dudó varias semanas en enviarle aquel mensaje que al final se decidió. También sabía que el solo hecho del revuelo de la novedad que incorporaría en su sobrina y las repercusiones que ella le transmitiría, la acercaban a una nueva conclusión: a partir de ese momento habría un antes y un después. Otro punto de inflexión en su historia familiar. Los personajes, casi los mismos, el guion parecido, pero el escenario era otro. El tiempo hacía lo suyo, porque ahora Beba contaba con la secreta esperanza de encontrar a su sobrina y decir-

le la verdad. Analizaba cada movimiento tal como había ocurrido hacía diez años, cuando decidió presentar a su pareja. Con el recelo de no haber previsto semejantes consecuencias, imaginó los escenarios más hostiles y, luego de mucho pensar, llegó a la sana conclusión de que escribirle la verdad a su sobrina era lo mejor. No se sentía comprometida con el silencio impuesto por su hermano ni con la complicidad de su cuñada, que a todas luces estaba sometida a la voluntad y los caprichos machistas de un marido, que según las palabras de su actual novia, era mejor perderlo que encontrarlo.

Y así resultaron las cosas. La piedra había sido tirada. Y el oleaje había comenzado a agitar las aguas de las relaciones familiares de Camila. Beba se convencía de que ella también tenía derecho a hablar con su sobrina. Al fin y al cabo, ella estaba en edad de decidir por sí misma si quería o no relacionarse. Pasaron algunos días desde que le había enviado el primer mensaje hasta que encontró la respuesta en su buzón. El corazón le golpeteaba por el temor del rechazo, y sus dudas sobre si la aceptaría crecían vertiginosamente. Todo sumado a la tremenda incertidumbre de reiniciar viejos afectos drásticamente interrumpidos.

Una luz de esperanza se abrió en las palabras de su sobrina, la misma que había conocido solo hasta los tres años. Luego había tenido que contentarse con saber de su vida mediante las raquíticas misivas de su cuñada que, esporádicas desde un principio, terminaron por extinguirse como esperanza en presidio.

Tantos años después, Beba insistía con la convicción de la sangre y la fuerza de su tozudez. A pesar del prepoteo de su hermano, no se amilanaría. Había tomado una decisión y no había vuelta atrás.

El segundo mensaje que le envió a Camila le había resultado más extenso de lo que hubiera querido, pero se abocó en un apretado ensayo de la historia de su vida. Se detuvo en los momentos que las dos habían compartido, a pesar de la borrosa memoria de su sobrina. Comprensiblemente borrosa Beba no podía tener muchas expectativas, aunque tal vez, conversando, y repasando aquel lejano relato de su vida reconocieran algunos tramos de una historia compartida. Esto podía traerle a Camila imágenes esmeriladas en un comienzo, para luego enfocarse en detalles, pequeños pero significativos, que llenarían de sentido su vida y su pasado de obligadas y cercanas ausencias.

La respuesta de Camila, en esta oportunidad, tuvo un tono inquisitivo casi de reproche. ¿Por qué ella había dejado transcurrir todos estos años de "autoproscripción", por así llamarlos, que las habían distanciado y ahora ella, detalle en el que recién ahora Beba recalaba, su sobrina, no contaba con sus recuerdos, aunque vagos, pero propios? Porque su hermano y su cuñada se habían encargado de borrarla de la historia familiar y del árbol genealógico.

Indudablemente, Beba había esperado mucho más de los padres de Camila y la realidad le reflejaba que no solo la habían expulsado sino que la habían negado, de una manera artera. Su sobrina no la conocía ni por el nombre. No la registraba. No estaba en su mapa de afectos. Nada. Para ella era una desconocida. ¡Una desconocida! Entonces, debió, de manera obligada, cambiar la estrategia de acercamiento porque esto sí que no se lo esperaba. Su pronóstico más pesimista no tenía, en sus cálculos, ni por asomo, este escenario.

Pero en esta oportunidad le dolieron cada uno de los cuestionamientos de su sobrina. Aunque tenían su asidero,

no dejaban de dolerle, porque al fin y al cabo, ella se había dejado estar, confiada en que su hermano jamás llegaría a hacer las cosas que finalmente hizo.

¡Una desconocida!

El mediodía llegaba acompañado por el tedio del calor de verano. La tierra seca se desgarraba ante la inclemencia de la sequía que comenzaba a descubrirse ante la mirada de Camila y Petu que, asombradas, percibían la falta de agua. Se había levantado una ventisca polvorienta que delataba los meses sin agua. La extensión desértica se desnudaba ante las adolescentes acostumbradas a los paisajes pampeanos, cargados de árboles, verde y humedad.

A diferencia de cuando viajaba en auto, Camila notaba que en el itinerario del tren no aparecían, uno tras otro, los carteles del kilometraje restante para llegar a la próxima localidad. Todo era cuestión de sus cálculos y mediciones matemáticas. Ahora no tenía la posibilidad de jugar con el tiempo que faltaba para concluir el viaje, y comenzaba a experimentar los síntomas del cansancio, producto de la incomodidad del sueño durante la noche. Había amanecido con dolor de cuello y los primeros movimientos le hacían pensar que iba camino a una tortícolis. Maldecía en silencio, rumiando quejas, y al mismo tiempo se reía por el aspecto de Petu que con sus pelos erectos parecía que viajaban en un lugar sin gravedad.

Según sus cálculos, faltaban algunas horas para llegar a San Miguel de Tucumán. El dolor punzante en su cue-

llo le bajaba por la espalda. "No llegamos más", se lamentaba contemplando impasible la inconcebible extensión santiagueña casi sin árboles hasta la línea del horizonte. Especulaba acerca de cómo la recibiría su tía, cómo sería el encuentro. Cada vez estaba más cerca, y curiosamente comenzaba a sentir un cosquilleo por las piernas que lo relacionaba con el "después" de estas vacaciones, con la convivencia en su casa, luego de su regreso a Rosario. Con el tedio de los seguros sermones, en el mejor de los casos, de su padre. Pero el hostigamiento que imaginaba que padecería le ensordecía los oídos y le generaba una sensación de aborrecimiento que la adormecía. Recordaba los primeros llamados de su tía. Una sensación de extrañeza la invadía como cuando se encontraba en la casa de una amiga por primera vez. Lo único que la ataba era la certeza del vínculo sanguíneo con aquella persona que le aseguraba un parentesco. De a poco fue disipando las dudas, primero por la convicción de que Beba le transmitía a través de sus palabras, pero luego corroboró cada una de ellas en las evasivas de su madre y la exasperante indignación de su padre. Todas estas razones reforzaban su deseo de estar haciendo lo que hacía. No tenía remordimientos ni algún sentimiento que se le pareciera.

Durante los primeros contactos con su tía, Camila no dejaba de preguntarse quién era esta mujer que le relataba una novela familiar que no entendía y tampoco estaba muy segura de querer conocer con tanto detalle. Sin embargo, el universo que le describía, oculto a sus oídos y a su mirada, la atraían irrefrenablemente. Aún más, cuando comenzaron las resistencias y —aunque sesgado— cierto tipo de hostigamiento por parte de sus padres, ante su afrenta de avanzar y conocer más a su tía Beba. Pero, en sus

momentos de furia, se despachaba con preguntas que solo ella hacía, ante esa desconocida que le aseguraba que tenía con ella un vínculo tan fuerte como la sangre. ¿Y por quién me toma? ¿Viene así y quiere que le diga "hola tía"? No podía entender esta relación sin indignarse ante un escenario donde se representaba un episodio de su historia familiar, que en cierta forma la avergonzaba y la indignaba. Jamás imaginó que sus padres podrían llegar a ocultarle algo semejante. Por primera vez le costó conciliar el sueño. Luego de algunas entrevistas con una de las profesionales de la Muni, Camila despejó algunas dudas y consideró que era el momento de decidirse si actuaba como una nena o como una adulta.

Transcurrido un mes de idas y venidas, con muchos mensajes de por medio, Camila se decidió a preguntarle a su madre. Se imaginaba la respuesta, evasiva como siempre, pero ahora ella tenía las preguntas precisas. Su decepción fue mayor a la que suponía. Luego de corroborar esto, se decidió a hablar con Beba.

Le escribió que le gustaría hablar con ella, y le propuso hacerlo por Skype, pero su tía le aseguró que su amistad con la tecnología no alcanzaba para tanto, que la disculpara pero prefería el teléfono.

Mandame tu número y te llamo por Whatsapp, le aseguró.

Así lo hizo.

—Hola Camila. —Al escuchar la voz de su tía, sintió una extraña sensación que la transportaba a un tiempo lejano. Su timbre familiar, y con una ligera tonada norteña, le resultaba agradable.

—Hola.

—Finalmente está ocurriendo, ¿no?

—Sí, parece.

—Pero sucede, y vos sabrás que las cosas no ocurren porque sí.

—Y...

—No quisiera que todo esto nos genere malestar, pero te digo la verdad, ya sufrí tanto que creo que más no podría. El tema sos vos...

—Tía, sabés que si estamos hablando ahora es porque tomé una decisión... bah, intento tomarla.

—Las cosas a veces son más complicadas de lo que parecen, linda.

—Yo no entiendo, todavía por qué nadie me dijo nunca nada.

—Yo no tendría que haber dejado pasar tanto tiempo....

—Pero no lo decía por vos, tía, sino por mi papá, y por mi mamá...

—Sí, ya lo sé, pero para eso tendría que contarte otras cosas. Solo te puedo confirmar que soy tu tía, te quiero y te extrañé tanto durante todo este tiempo que ahora no sé qué decirte… —La voz de Beba tiritaba.

—Tenés tonada... —Del otro lado de la línea Camila escuchó a Beba que se reía, sorprendida.

—Ah, cierto. —Se secó una lágrima—. Supongo que no estás acostumbrada porque tu padre la ha perdido.

—Yo nunca se la noté.

—Es que hace muchos años que ya vive allá. —Se detuvo un tiempo y agregó cambiando de tono—: hace mucho tiempo que no nos hablamos.

—Él contó que desde que se había ido de allá nunca lo volvieron a llamar, era, aseguraba, como si se "hubiera muerto".

—¿Eso te dijo?

—En realidad lo escuché, a mí no me hablaron mucho, bah, casi nada.

—¿Nada?

—Nada.

—No te puedo creer… ¿nada?

—Las veces que pregunté recuerdo que me respondían con evasivas, y... qué sé yo. Me cansé de preguntarles. —Se produjo un silencio en la línea, en los dos extremos las palabras ingresaron en un paréntesis donde solo se oía la respiración de ambas—. ¿Tía?

—Sí, corazón.

—Decime, ¿por qué mi papá me hizo esto?

—No sé, no creo que te lo haya hecho a vos, cariño.

—Es que no lo puedo entender…

—Creo que hay cosas que hacen los adultos que no guardan alguna lógica, pero hay otras que seguramente las podrás averiguar vos misma, tal vez sean otras las preguntas que debas hacerte...

—¿Y por qué nunca me dijeron de vos?

—Aaaay —Beba suspiraba intentando resumir las contradicciones entre su hermano y ella— mirá, querida, hay cosas que todavía intento responderme, porque ni yo me las explico.

—Tía… —Camila cambiaba su tono de voz, a Beba le pareció que había una súplica que la preocupó— no soportaría que me mintieras. Quiero que me digas la verdad.

—Seguro, mi amor. Contá conmigo. Pero por otra parte, no sé, querida, creo sinceramente que hay muchas preguntas que las tendrán que responder tus padres, otras te las podré responder yo... —Hizo una pausa. Camila sentía la respiración casi como de suspiro de su tía—. Yo, te puedo

decir que intenté mantenerme en tu vida, pero…

—¿Pero qué?

—Reconozco que intenté tibiamente, mantenerme en sus vidas, pero al final quedé entrampada en las restricciones de tu padre...

—¿Restricciones?

—Mejor sería decir "rechazo" de tu padre….

—¿Y por qué el rechazo?

—¿Para qué te voy a andar con rodeos? Decidí armar mi vida con otra mujer, y eso no entra en la cabeza de mi hermano.

Camila recibía la última verdad que le caía como un yunque de realidad

—¿Me escuchas Camila?

—Sí, tía... te escucho.

—¿Te sentís bien?

—Sí, pasa que ahora entiendo todo...

—Mirá, cariño, tal vez, de todas las personas de mi familia, mi madre y la tuya fueron las que se comportaron más amablemente. No quiero cargarte con mis reproches, pero en cierta forma entiendo las reacciones de ellos incluidas las de tu madre y tu abuela.

—¿La abuela está viva?

—No, tus abuelos lamentablemente fallecieron hace algún tiempo.

—Sí, eso me habían dicho, pero nunca los conocí.

Beba estaba segura de que su hermano no la había expulsado solo a ella. Sus padres debían sufrir el mismo destino ya que la presencia de algunos de ellos delataría la suya en la vida de Camila. De esta manera, comprobó que la escisión que le describía su sobrina alcanzaba connotaciones jamás imaginadas por ella. Había imaginado un presente de

ausencia, producto de la distancia y las enemistades, pero jamás se imaginó que su hermano hubiera construido un castillo de mentiras y negaciones acerca de ella y sus padres. Más allá de todas estas especulaciones que cavilaba a medida que escuchaba por un lado las preguntas, inquisidoras de la adolescente, pero por otro lado los silencios, sus cambios en la voz, podía percibir sus dudas a pesar de que su sobrina, intentó aliviarla en estos enredos que imponen los adultos y arrastran a toda la prole.

Beba se preguntó muchas veces cuál sería el techo de las consecuencias, producto de sus irreconciliables diferencias con Carlos. Ella coincidía con su sobrina en los adjetivos que describían el comportamiento de una persona que podría pertenecer a algún movimiento racista, de apartheid o bien del KKK. Ahora se veía en la obligación de apagar un incendio que ella no había prendido.

No sentía culpas por las decisiones de su vida sino que tenía plena conciencia de su responsabilidad. Pero, por eso mismo, sabía que tenía que remontar algunas situaciones adversas, aunque como ya lo viniera pensando con frecuencia, nunca se le cruzó un pensamiento que le pudiera advertir un ápice de esta realidad que la abofeteaba y la centrifugaba como un tornado. Pero a pesar de todos estos pesares, se sentía feliz. Estaba hablando con su sobrina y ¡gracias a Dios! no la discriminaba y, menos aún, la juzgaba. Esa tranquilidad le invadía la mitad del corazón, esa misma que la asfixió de angustia cuando sus pensamientos la transportaban a Rosario y sufría por la imposibilidad de salvar tantos años de ausencia.

—Pero ahora lo bueno es que estamos conversando, ¿no?

—Sí, eso es cierto.

—Escuchar tu voz, poder hablarte y que podamos conversar me hace feliz, ¿sabés?

—Yo... —A Camila se le enredaban las palabras. Beba entendía que cierta incomodidad se había instalado del otro lado de la línea.

—Escuchame bien, Camila. Pero quiero que me prestes mucha atención, ¿sí? —Su voz sonaba a reto cariñoso—. Yo no pretendo que sientas lo mismo que yo, sé que todo esto te debe confundir… y a veces es necesario más tiempo.

Sí, tal vez de eso se trataba. Mucho tiempo había pasado y otro tanto debería transcurrir para asimilar la presencia de su tía en su vida. Junto a las contradicciones familiares, que emergían con cada palabra, debería aprender a convivir con ellas. Necesitaba tiempo para adaptarse a esta nueva realidad, tiempo para organizar su caótico y desenfrenado torbellino de imágenes que se confundían con el relato de un pasado ocultado por su familia más cercana, en la que hasta hacía un tiempo, confiaba ciega. Pero, su tía le relataba una faceta que invertía los roles de confianza que le hacían temblar todas sus certezas. Y para volver a depositar la confianza en ella también necesitaba tiempo.

"Él no es como los demás chicos"

Camila revisaba aburrida las novedades en su celular. Comprobaba con desagrado que la señal llegaba y se iba como una marea rebelde. Pero lo que más la fastidiaba era que, de a ratos, se le amontonaban los mensajes de avisos de llamada pero, cuando intentaba responderlos, su teléfono enmudecía caprichoso. Un desaire comunicacional. Los minutos se convertían en horas, para que en un segundo la conexión se rehabilitara y acumulara más avisos de llamada… Pero entre tantos mensajes de avisos de llamada, algunos le dibujaban una sonrisa cuando leía las palabras que le enviaba Franco. Petu observaba entretenida el semblante de Camila que mutaba al compás del fastidio, producto de la conectividad de aquel aparato, que se esfumaba en un acto de desacato tecnológico. Durante unos segundos, Camila levantó la vista y cruzaron miradas, para espejarse una en la sonrisa de la otra. Petu sostenía firmemente sus ojos inquietos e indagadores.

—¿Tenés novio? —Petu le alcanzaba un mate.

—Mmmm, algo así —Camila comenzaba el mate y devolvía una sonrisa cómplice.

—¿Aaaay, y cómo es eso?

—Y hace poquito que salimos...

—¿Es mayor que vos?

—Un año.

—¡¡¡Entonces, ya vota!!! —Se rieron ambas.

—Bueno, sí... pero ahora con la nueva ley, nosotras también.

—Cierto, es verdad.

—¿Y dónde lo conociste?

—En realidad lo conozco de un grupo de amigos del club, de hace tiempo. —Camila respondía entre pequeñas pausas, para terminar el mate y devolvérselo a Petu.

—Ah, ¿y a qué club vas?

—Al Eche.

—¿Eche?

—Echesortu.

—Ah. ¿El que está frente a la placita cerca de la estación de ómnibus? —Camila asintió con un gesto.

—Maso, no tan cerca de la Terminal, pero sí, queda por ahí.

—¿Y en ese club vos hacés algún deporte?

—Sí, "hacía" natación.

—Ah, mirá vos... Che, a este mate se le lavó la yerba. La voy a cambiar, ¿sí? —Camila asintió con un gesto dubitativo. Petu, decidida, comenzó a preparar otro mate, con el ritual automatizado de cargarlo con yerba, invertirlo, sacudirlo para que el polvo quede arriba y no se tape la bombilla.

—Te iba a decir que cambiáramos la yerba al mate antes que se nos enfríe el agua...

—Transmisión de pensamientos... pero me parece que el agua estaba demasiado caliente y se lavó. Tomé unos mates mientras te dormiste, pero fueron poquitos, pero ahora

el agua está mejor —le aseguraba mientras echaba un chorrito de agua fría de una botellita plástica y hacía un guiño cómplice—. Pero me decías que ibas al "Echesortu".

—Sí, pero para nosotros es "el Eche".

—¿Sabés? Tenía una amiga que iba a nadar y competía y todo eso, y me comentaba que son buenos.

—¡Los mejores querida! —Camila soltaba una carcajada.

—Ay, ¡mirala a ella cómo se pone!… ¿Puedo tomar mates con vos? —El tono irónico denotaba la chanza.

—En serio, te digo que había buen nivel, pero a mí me cansó. ¿Podés creer que me hacían tomar pastillas anticonceptivas para la época de los torneos?

—¿Qué? ¿Pastillas?

—Bueno, ahí no, pero te decían que teníamos que tomarlas.

—¿Y quién te decía que tenías que tomar?

—El profe.

—¿Y para qué?

—Para no bajar el rendimiento.

—Me estás jodiendo. ¡No te puedo creer...!

—Sí, la verdad que ahora que lo pienso, no era muy bueno trato el que nos daban, ¿no?

—¿Sabés? Es la primera vez que escucho eso. —Petu achinaba sus ojos como divisando a lo lejos la pregunta que tenía en sus labios—. Vos disculpame, pero no entendí, ¿por qué te hacían tomar pastillas?

—Bueno, te aviso que en la mayoría de los deportes de alta competencia pasa algo parecido.

—¿Pero no te hace mal?

—Y qué sé yo, no sé. Pero en un momento me cansé y dejé de practicar.

—¿Te las daba el ginecólogo?

—No, yo las compraba directamente en la farmacia.

—¿Y tu novio qué dice a todo esto?

—Yo no salía con él, cuando entrenaba, pero un día hablando del tema le conté.

—¿Y? ¿Qué te dijo?

—Nada, me dijo que estaba loca si les hacía caso.

—¿Él hace natación?

—No, practica judo.

—Ah, ¿y cómo se conocieron? Vos me estabas contando que él venía de otro club...

—Sí, el venía de Atlantic Sportmen, que está más o menos cerca, pero como Franco...

—¿Se llama así? —Petu interrumpió ansiosa, Camila asintió.

—Bueno, él de más chico venía al Eche, por eso tenía amigos y bueno, cuando se abría la pileta de verano nos veíamos y salíamos en grupo.

—¡Ah, picarona!… lo venías siguiendo. —Las dos jóvenes se reían a cuerpo suelto.

—Bueno, te voy a decir que cuando lo vi por primera vez en el grupo me gustó. Me llamó la atención.

—¿Es lindo? —Camila asintió, Petu se rio y le acercó otro mate.

—Además es redulce, es tranqui. Con esto de visitar a mi tía y todo lo que había pasado me reacompañó.

—Sí, ¡igual que el papá del nene! —Petu se mordía los labios inferiores dibujando una mueca de burla. Camila se encogió de hombros disimulando la incomodidad de que su amiga no tuviera suerte con los hombres que se había relacionado. La joven cambiaba el tono de voz —. Che, ¿y vos seguís tomando pastillas? Bah... digo por tu novio...

—Y, viste esto que te contaba de lo que me hacían en el club...? Qué sé yo... es como que no quiero saber más nada con las pastillas.

—¿Y cómo hacés? ¿Estás loca?

—Se cuida él.

—¿En serio?

—¿Y vos no te cuidás?

—No, se cuida él con preservativo.

—¿Y no se enoja?

—No, jamás me dijo nada... ¿por?

—Y porque los tipos no quieren saber nada... con esto de cuidarse.

—Sí, es verdad esto que decís, pero la verdad es que jamás me dijo algo que me hiciera pensar otra cosa.

—¡Ah, tu novio es un dulce!

—Supongo que sí. —Camila se ruborizaba al reconocer su privilegiada situación.

—¡¿No tiene un hermano?! … ¡presentámelo ya! —Petu se reía a pierna suelta. Camila la observaba reconociendo en el desconcierto de su amiga y además joven madre, de la realidad de muchas chicas como ella y de muchos varones que lejos estaban de parecerse a su novio. Recordó, como en una ráfaga de episodios vertiginosos, las confesiones de sus amigas y comentarios de compañeros de escuela donde la "normalidad" planteaba a todas luces que los varones usaban preservativos pocas veces y, en el mejor de los casos, en las primeras ocasiones en que mantenían relaciones sexuales, pero luego las chicas debían hacerse cargo de cuidarse asumiendo la responsabilidad a cuenta y riesgo de las infecciones de transmisión sexual. Camila sonrió al pensar en el hermano de Franco, mucho más chico que él.

—Es más chico, tiene catorce años nada más.

—Ay, qué lástima.

—Sí, ¿viste? Pero a los tipos es como que le gustan las mujeres más chicas. Yo conozco chicos más grandes que Franco, que salen con chicas de la edad de su hermano.

—¿Sabés que sí? —Pensó un rato—. Y digamos que sin ir más lejos, cuando lo conocí al padre de Brian, de mi hijo yo tenía quince recién cumplidos y él … mmmm, casi treinta.

—¡Casi el doble que vos! —Petu asentía con un gesto—. Un tipo grande en serio.

—Sí, pero ahora que lo pienso y por lo que me contás vos de tu novio, con dieciocho años parece mucho más maduro que él...

Camila sintió irremediables ganas de estar con Franco. Haberlo traído a la conversación le hizo recordar lo mucho que lo extrañaba. Habitualmente juntos reflexionaban en esos términos acerca de estos temas y muchos otros. Espejándose y diferenciándose de amigos y amigas que protagonizaban experiencias similares.

Dentro del tren, el calor trepaba paulatinamente anunciando una jornada agobiante. Con algunas demoras llegarían con seguridad cerca del mediodía a San Miguel de Tucumán. Entretanto había recuperado la señal y decidió revisar los innumerables mensajes acumulados en su celular. Se alegró de que muchos de ellos eran de su novio.

—¿No se enoja cuando no le respondes los mensajes? —Le extrañó la pregunta de Petu, aunque recordaba situaciones similares que le habían comentado sus amigas. Novios celosos que armaban un escándalo cuando no respondían el teléfono o sus mensajes.

—No, no se enoja, o al menos nunca me dijo algo.

—¿En serio? —Camila confirmó con un gesto—. Es

raro en serio. A mí el papá de la nena me decía que si no atendía era porque estaba en algo raro.

—¡Qué perseguido!

—De verdad, te digo. —Camila la miraba azorada.

—Yo, cada dos por tres me quedo sin crédito, si tuviera que enojarse por eso, ¡viviría enojado!

—Jajaja, no le conviene. —Reían las dos.

Camila jugueteaba con los números del celu, se decidió a responder las llamadas y mensajes que se le amontonaban por docenas, la señal acompañaba. Consideró como primera opción, llamar a Franco... quería oír su voz. ¿Estaría enojado?

—Hola, dormilón. —Camila lo acusaba cariñosamente ante su inconfundible somnolencia.

—¿Cómo andás? Mmm no, bah, sí me estaba por levantar. ¿Qué hora es?

—Más de las nueve… sé que para vos es temprano —Se reía.

—No, en serio estaba haciendo fiaca en la cama —se defendía Franco.

—Te envidio, acá los asientos no son muy cómodos que digamos.

—Me imaginé... ¿pudiste dormir algo?

—¿Y a vos qué te parece?

—¿Eh? —La comunicación se interrumpía con intermitencias. Camila comprobó que la señal languidecía. Ella escuchaba la voz de él pero no era recíproco. Su novio continuaba—. Intenté llamarte varias veces ayer ¿estás bien?

—Sí, la señal es un desastre... ¿me escuchás?

—Sí, ahora sí. No te escuché bien ¿Qué me decías?

—Que la señal es un desastre, pero lo que te quería contar es que menos mal que conocí una chica y a su hijito

y zafamos el insomnio tomando mates toda la noche.

—Menos mal...

—Pero, a pesar de no estar muy cómoda, estoy bien. Beba ya me mandó algunos mensajitos. Seguro que me llama en cualquier momento.

—¿Estará más ansiosa que vos? —Franco se reía.

—No sé, tal vez... yo ya comienzo a sentirme algo extraña.

—Pero bien, ¿no?

—Sí, sí. —Camila se apuraba a responder—. Pasa que después de todo lo que pasó y de cómo me fui de mi casa, imaginate.

—Y, sí... pero los que tienen que entender son ellos, tus viejos, tu tía... vos estás haciendo bien. —Hizo una pausa donde Camila alcanzó a escuchar la música que comenzaba a sonar en la habitación de Franco—. Che, ¿y a qué hora llegás?

—Se demoró un poco y llegará media hora más tarde, aunque creo que será una hora. ¿Qué estás escuchando?

—La música que a vos no te gusta pero que a mí sí. —Se rio.

—Qué bobo que sos.

—Puse Maiden.

—Ah, pero es el tema que te dije el otro día que me gustaba.

—Ah, sí creo que sí…

—Me dieron ganas de estar con vos.

—A mí también.

—Te extraño.

—Yo quisiera estar con vos allí.

—No me lo digas así, que me vuelvo ahora mismo.

—¡Ja ja! Pero con la velocidad del tren, llegarías recién

¡¡pasado mañana!!

—¡No ves que sos un bobo!

—No te enojes… loquita.

—Hacete el vivo…

—Y ¿viste? Encima si te dicen media hora, es una hora.

—¡O más! —Se rieron al unísono atravesando las distancias inalámbricas que salvaba la tecnología.

Camila se alegraba de este recreo. Franco no era un chico como los demás. Y eso le gustaba. Todavía no conocía a sus padres, aunque sabía que más allá de las diferencias que tenía con ellos mantenía una buena relación.

La cotidianeidad de lo inesperado

Beba, impaciente, consultaba su reloj y especulaba sobre el horario de arribo del tren. Su vida en las últimas semanas, había transcurrido planificando sobre la base de la certeza de la llegada de su sobrina. Indudablemente, su corazón alternaba entre el éxtasis y la amargura por todo este tiempo transcurrido. Atrás quedaba un pasado de aquilatadas peleas con su hermano, el distanciamiento con su familia y la aceptación resignada al aislamiento afectivo. La irrupción de Camila en su vida le había generado un vértigo que no experimentaba desde hacía muchísimo tiempo.

—Pero... Beba, ¡pensá, querida! —Su pareja la reprendía—. Es como un nacimiento, es una persona que se incorpora a tu vida —le aseguraba con la tranquilidad y complacencia de las personas que pueden tomar distancia en estas circunstancias.

—Hay días que no puedo pensar, y necesito pensar. ¿Te das cuenta? Necesito planificar su estadía... los adolescentes se te aburren rápidamente, ¿me entendés? ¡No me mires así como si fuera una loca! —Beba se indignaba por esos ojos que le reflejaban su ansiedad.

En todos estos meses, en los que fue madurando la relación, Beba había llamado a Camila con la ansiedad propia de zanjar la distancia de todos estos años. Más allá de la zozobra emocional no dejaba de sentir que cada vez que hablaba con Camila sin el consentimiento de su hermano, hacía algo ¿prohibido? Al principio fue su decisión de enviarle aquel mensaje por el Facebook, no sin pasar por el consternante segundo al reconocer su sangre en el mismo momento de reconocer aquella imagen de su sobrina, inconfundible, frente a la pantalla de su computadora. Luego sucedieron otros momentos que la hicieron zozobrar emocionalmente, por ejemplo, con ese primer llamado telefónico, y al escuchar la voz de su sobrina, inconcebiblemente se sintió que hacía algo prohibido. Se rio de sus miedos y de los miedos de sus miedos. Se rio de su percepción a veces fatalista y agorera, producto de años y años de ser educada para hacer lo que los demás querían de ella, o en el mejor de los casos lo que esperaban. Por este motivo, tal vez, a quien ella amaba, debía contentarse con esconderla, vivir una relación a hurtadillas, ocultada de la vista de los demás para mantenerse a salvo y evitando ofender las buenas costumbres y la tradición familiar, que no distaba mucho de los rigurosos y medievales mandatos oficiales de la mayoría de las religiones.

Para Beba, desde el momento en que había tomado la determinación de contactar a Camila, cada día le representaba confrontarse a sentimientos que la impulsaban a despojarse de todas las trabas que confluían en esta etapa de su vida. Conocer a su sobrina era su derecho, tanto para ella como para Camila. Pero, por sobre todas las cosas, estaba convencida de que este era un hecho de reparación en la historia de su familia. Una gran deuda que ella necesitaba saldar.

Imaginó el revuelo que se habría levantado en la familia de su hermano, con la noticia de su existencia para su sobrina, y aún consciente que jamás habría imaginado que él hubiera sido capaz de silenciarla de la forma en que lo hizo. Como si hubieran borrado su nombre con una goma. Como una palabra mal escrita. Como un error, una mala palabra que se la edita para que no queden rastros. A pesar de todo el dolor, que también le despertaba antiguos temores, avanzó todos los pasos necesarios para vencer el estigma de ocultar.

Las últimas semanas, Beba llevaba un ritmo febril organizando la logística de la llegada de *su pequeña*, aunque hoy crecida, sobrina. Imaginaba ese regreso, la estación... el tren. A ella también le había resultado un tanto extraño el transporte que ella había elegido para venir a visitarla, pero las razones que le ofreció Camila bastaron para convencerla de que esa jovencita tenía la valentía, tal vez la que a ella le había faltado en muchos momentos de su vida. Pero desde hacía unas semanas la llamaba todos los días. Tal vez, algo impensado hacía algunos meses atrás. Le llamó poderosamente la atención que su hermano no le hubiese vomitado por teléfono nuevamente sus acostumbrados improperios con la intemperancia de un volcán en erupción. Sabía de aquellas novedades de Rosario gracias a las extensas charlas telefónicas con Camila y por las innumerables mensajes. Agradecía la bendición de tener a su alcance esta tecnología que la mantenía al tanto. Reparó además en que tampoco su cuñada le había hablado, pero ya conocía el funcionamiento del matrimonio. Si Carlos decía "Colón" todos debían repetir al unísono esa palabra ¡¡y pobre quien no lo hiciera!! En cierta medida, en un rincón de las vanidades que se refugian dentro de nuestra conciencia, reconocía

que le molestaba ese silencio complaciente del maltrato de su hermano. Pero, en otras oportunidades, cuando la indignación se le pasaba, consideraba el estrecho brete en el que estaba metida la madre de Camila, soportando la violencia durante años.

Las líneas inglesas de la arquitectura de la estación de San Miguel ofrecían un escenario confortable. Los tinglados altos producían una sombra que resultaba un cobijo fresco para la espera del servicio que llegaba desde Rosario. El mediodía brillaba sobre el frente de la estación y se reflejaba en los vidrios que semejaban espejos. La temporada de las lluvias no había comenzado y permanecían en el ambiente resabios del aire fresco de la mañana. Afuera del edificio, el cielo, sin nubes, le recordaba sus tardes de niña echada sobre el pasto, con los ojos clavados en un cielo celeste incrustado de cerros. Cada vez que podía, recordaba esa sensación muy cercana a la paz. De a poco Beba se llenaba de oxígeno y esperanzas.

Camino a la estación de trenes se había detenido en la plaza para contemplar ese cielo tan añorado. Podía reconocerse feliz, plena. Reconciliada con sus errores, las intolerancias de su hermano y la vista gorda de su familia.

Con minuciosidad de coleccionista, había planificado una a una las palabras que le diría a su sobrina. Se había tomado todo el tiempo necesario para diagramar este encuentro que le generaba más ansiedad de la que hubiera imaginado. ¡Las actividades que harían juntas!

El reloj ya había marcado las doce y sin sorprenderse, había recibido el mensaje de Camila, cargado de fastidio, que el tren arribaría finalmente con casi dos horas de atraso. Pero, en lo concreto, su sobrina llegaría de un momento a otro. Pasaron unos minutos de ingresada en el andén, que

un gentío comenzó a arremolinarse con sus bolsos, mochilas, maletas y críos que flameaban de los brazos de sus madres. Una bocina inconfundible anunció la inminencia de la llegada de la formación.

Segundos más tarde, el rítmico y profundo sonido de las ruedas sobre las vías desparejas sacudía los cimientos de la estación. El piso del andén temblaba, cada vez más, bajo sus pies. El ronroneo del motor se acentuaba y la bocina volvía a recordar que cada vez estaba más cerca. El gentío se apretaba. Beba, sin proponérselo, fue tomando distancia del lugar, alejándose del enjambre de curiosos y familiares.

El tren se aparcaba y se detenía finalmente. Algunos pasajeros venían asomando sus cabezas por las ventanillas, otros apostados en la puerta por la que descenderían, desafiando las más elementales normas de seguridad. Como un pantallazo recordó la tragedia de Once mientras observaba con asombro como algunos pasajeros se tiraban del vagón antes que este se detuviera. A pesar del enredo de personas, pudo distinguir a su sobrina con una nitidez, casi descontando que la encontraría así de fácil. A veces la proximidad no garantiza el hallazgo, se recordó. Casi apoyada en la pared de las oficinas que miraba a las vías, Beba contemplaba la escena. Camila bajaba los escalones del vagón, mirando hacia un lado y hacia otro. La reconoció inmediatamente aunque la adolescente no la pudiera ver. Prefirió no llamarla. Quería contemplarla, así.

Se vio a sí misma muchos años atrás.

Levantó su brazo en señal de saludo. Camila continuaba buscándola con la mirada, mientras avanzaba sin saber, hacia donde estaba ella.

El gentío ahogaba a Camila. Beba continuaba agitando sus brazos hasta que comprendió que Camila, aunque to-

davía no la hubiera ubicado, avanzaba en línea recta hacia ella. La contempló dialogar con otra adolescente, que cargaba un niño en sus brazos, que luego saludó y se separó en una breve ceremonia de abrazos.

La estación se vaciaba de a poco, los ruidos propios del tren y el eco de las voces que retumbaban indefinidamente, languidecían.

Camila, luego de despedir a su amiga, avanzó con pasos dubitativos hacia el lugar donde estaba Beba, que había desistido de saludar. Ya no era necesario, porque sus miradas se cruzaron. La niña dudó unos instantes, hasta que la sonrisa inequívoca de su tía le disipó las dudas. Había llegado.

Fin

y otros Relatos

"A ver si nos entendemos"

"Uno no elige el lugar donde nació", se convencía Ada, pero resulta innegable que la identidad comienza a forjarse en ese preciso momento en que la luz marca nuestros primeros segundos de vida. ¿Cuáles son los aromas que revolotean en la memoria de los primeros años y nos marcan a fuego? Todo lo demás nos transformará pero, tal vez, de una manera más racional. Sin embargo, nos convencemos de que la infancia y la adolescencia resumen la etapa de nuestras vidas en la que definimos el molde de nuestra personalidad.

En ese entonces, confía Ada, al proyecto educativo de la Biblioteca Vigil lo habían despedazado. Y, por supuesto, a la escuela la cerraron, de tal forma que quedaron sus alumnos a la deriva. Como esquirlas de una explosión de intolerancia y despotismo, tuvieron que rogar un asiento en alguna institución educativa de la ciudad. La sentencia de la dictadura de esos años reflejaba la dureza del mal trago de sentirse eyectada a un cielo sin paraíso y tratada como una paracaidista que había sido arrojada a la buena del dios de la hospitalidad rosarina y de la educación de la Escuela Normal N° 2.

Cada segundo de ese tiempo le había infringido una

herida. Su padre, Rubén, no había salido indemne. Pagó el precio de haberse enamorado de aquellas ideas y de la pasión por la educación en un grupo humano que con el tiempo se reconocería cada vez más extraordinario. Porque en él vibraban las mismas notas que sentía allí. Porque necesitaba sentir así, le decía con frecuencia. Para su padre la única consigna era crear una escuela donde los chicos y las chicas aprendieran a pensar, y no a repetir letanías de historia, geografía, ecuaciones matemáticas sin ton ni son, o de física y química sin una señal de curiosidad. Detestaba la escolaridad de la literatura bíblica como primera lectura. ¿Una escuela para eso? No, de ninguna manera, negaba don Rubén, en la escuela se debía disfrutar, aprender a analizar, a comparar, pero por sobre todo: a pensar. Cosa que a los militares no les hacía la menor gracia.

Ada terminó aterrizando en el Normal N° 2. Allí, sentían debilidad por los discursos que venían de la derecha del conservadurismo local, y se arrullaban en el cómodo sofá de los burócratas corazones de sus autoridades. Finalmente aquella era una parodia de un ingreso que se había asemejado a una invisible carrera de saltos con vallas, aunque solo para ella: Adita, la jovencita a la que le reprochaban silenciosamente, tal vez, solo la portación de su apellido.

En una ceremonia militarizada, delimitada en un escenario rigurosamente trazado en filas, geométricamente planificado para que cada espacio guardara proporciones con la intolerancia reinante entre aquellas paredes, las fueron llamando de a una. Porque todas eran mujeres y no convenía mezclarlas con varones, como correspondía a las costumbres de la época. Cada muchacha, a medida que su nombre sonaba metálico en los altavoces, se dirigía al salón cuya división enunciaba la misma voz. A medida que

se marchaban, el grupo se iba raleando y las divisiones se completaban. "Martínez, Susana, 4to 1era", recitaba la voz. "Martino, Griselda, 4to 2da", "Morgade, Silvina, 4to 3era", "Monin, Pamela, 4to 4ta", "Mussini, Daniela, 4to 5ta". La voz recorría con sarcástica parsimonia la asignación de las jovencitas al salón. "Cinco divisiones", pensó Adita. "Ya van a empezar con la N, ya me toca". "Nadin, Virginia, 4to 1era", "Nicasio, Bárbara…", la voz continuaba asignando de manera gélida cada lugar. A medida que el parlante anunciaba la ubicación, las muchachas caminaban autómatas dirigiéndose al aula designada. Ada pensó, con la certeza de la intuición, que su presencia no era del agrado de las autoridades "normales" y ahora, con la certeza de sus razonamientos, advertía que por las iniciales de su nombre ya la deberían haber mencionado. Aunque bien no sabía para dónde dirigirse, esperaba, como quien espera un colectivo, que la mencionaran. Pero no.

Sin mediar algunos segundos en que la última chica fuera anunciada y quedara ella sola en el patio, sin siquiera un preceptor a mano, con indignación pero entereza, se dirigió a la vicedirección. Golpeó la puerta entornada, la empujó un poco hasta ver su interior y divisar a dos mujeres que supuso, sin error, que serían la vice y la directora de la escuela.

—No tengo salón —sus palabras cobraron una magnanimidad dentro de aquella habitación.

—¿Cómo, querida? —Las mujeres volvían su rostro hacia Ada.

—Quedé sola en el patio, y no me llamaron.

—¿Y cuál es tu apellido? —mintió una de las señoras.

—Neri.

—Ah. —Y una de ellas, la que tendría más autoridad,

buscó, sin necesidad de incorporarse, en algunos registros que tenía a mano, en una gaveta metálica.

—4to 1era, 4to 2da, 4to 3era. —Se detuvo—. Hummm, a ver creo que acá. —La mujer retiró una carpeta donde contenía papeles—. Ah, sí, mmm, sí, creo que en 4to 4ta. Bien, —y dirigiéndose a la otra mujer que alternaba su vista entre la directora y Ada— la vamos a llevar a su aula.

Llamaron con altanería a la preceptora, o celadora, daba lo mismo. Luego le indicaron a dónde debía llevar a la jovencita que les incomodaba con su sola presencia su buen estar. La mujer, con una mueca breve pero clara, le indicó que la siguiera. Ada no habló, tampoco el modo de la mujer la invitaba a hacerlo. Se estaba acostumbrando a reconocer el malestar ajeno con cada pregunta.

Atravesaron el pasillo en silencio hasta llegar a una puerta maltratada que no tenía indicación, pero la celadora se detuvo allí.

—Es acá, 4to 4ta —le adelantó y acto seguido abrió la puerta, la profesora que estaba frente al grupo, las observó esperando que terminara la interrupción. La preceptora se dirigió a la docente—. Una nueva alumna, la envía la directora.

—Que pase —y le hizo un gesto a Ada para que se siente.

La lógica de la distribución ordenaba que las mejores alumnas conceptuadas por la dirección ameritaran alojarse en las primeras divisiones. En orden decreciente de la estima de la autoridad, (que se traducía muchas veces en sus notas, pero otras no) la lejanía se manifestaba en el mayor número de la división. Por eso, las dividían en cinco divisiones. El 4to 4ta orillaba el desfiladero de la enojosa paciencia de una directora siempre malhumorada con esas

chicas. Ni qué hablar de las pobres chicas de la 5ta división. Unas semanas más tarde, la volverían a cambiar de división, por un error.

Ella tenía que estar en 4to 5ta, le aseguraron. Las trataban como las peores, pero, en realidad, a la luz de los años trascurridos, resultó una bendición que cayera en ese grupo. Recordaba que había una chica de la que se hizo amiga muy pronto, y que Ada no entendía como con sus diecinueve años estaba todavía en la escuela. Lúcida, inteligente y, sin embargo, había repetido como tres años. Un día, Ada le dijo: "Vos vas a pasar de año". La chica le devolvió una mueca de sonrisa, con algo de tristeza. Satisfecha recordaba que pudieron terminar juntas la escuela.

Un día, en que transitaba la cotidiana geometría de los pasillos indigestos de aquella escuela, luego de un recreo fatídico, la directora, con la ceremonia propia de la nobleza, ingresó al aula. Las observó con desprecio y comenzó una arenga acerca de los valores morales de la escuela, pero que sin lugar a dudas en aquel recinto de alumnas que se merecían estar en un correccional, no conocían y que era su responsabilidad encuadrarlas a cualquier precio. Con la misma postura comenzó a desplazarse dominante, generando silencios que perforaban los tímpanos y clavando sus ojos en alguna chica, como si con aquella mirada letal refrescara la memoria de lo que se debía deducir de sus conceptos. En una de sus pausas, al tiempo que observaba a la amiga de Ada, se sentó siempre frente a ellas, ocupando el asiento que utilizaba la docente, que empequeñecida esperaba su turno para iniciar su clase. La directora se acomodó y luego de otros interminables segundos agregó:

—A ver si nos entendemos, señoritas. Con esto quiero dejar muy en claro que no aceptaré que ingresen a esta

prestigiosa escuela solo para calentar el banco, ¿está claro? De ahora en más, la que repita se va de la escuela y vaya a saber dónde podrá continuar.

A las pocas semanas de aquel sermón, una de las chicas que iba camino a repetir se suicidó. Nadie la mencionó, ni se hizo duelo. Para Ada estaba claro, la pobre era de 5to 5ta, la basura de la escuela, las que no encajaban.

Hace poco le llegó una invitación para las "Bodas de Plata" de la escuela Normal Nº 2. Parece una broma de mal gusto. Una ironía. No le interesa saberlo. Pero de algo estaba segura, ella no era una de esas personas que se enamoran del pasado asegurando ciegamente que fue mejor. Ada no siente nostalgia. La forzaron a callar, como a toda una generación, pero la semilla que germinó en la Vigil permanece allí, esperando su oportunidad de ver la luz.

Ada nunca dejó de pensar.

Era como mi mamá

—Lloraba y lloraba… todo el día estaba así, ya no podía más —le contaba Milagros, que jugueteaba con la tarjeta de colectivo. Camila comprendía que no solo le contaba un recuerdo nostálgico, sino que uno demasiado doloroso, que se habría paso en su memoria y le electrizaba la piel. Milagros acuñaba en su cuerpo las marcas de un dolor viejo, anquilosado. Luego de unos minutos interminables, la muchacha se repuso humedeciendo una vez más su pañuelo, al tiempo que repetía como una letanía una disculpa apenas perceptible.

El tránsito tapaba por momentos su voz, que no intentaba sobreponerse al ronroneo de los motores de los colectivos que tomaban fuerza para continuar su recorrido, luego del habitual sube y baja de pasajeros. Milagros continuaba.

—A veces siento que no puedo más, es que extraño tanto a mi hermana. —Milagros parecía hablar con alguien más que no estaba allí—. Cuando tenía once años, me acompañaba a la escuela todos los días. Era como mi mamá.

Milagros parecía presa de un mundo interno donde algunos recuerdos le quemaban la memoria y le ulceraban

durante la vigilia. Este dolor la asaltaba de noche y las pesadillas le sobrevolaban con horrores vividos por un lado y temidos por otro. Hacía pocas semanas que compartían el recorrido de la escuela hasta la parada del colectivo que las llevaba a cada una a sus casas en barrios diferentes.

Milagros comenzó a describirle un día en particular, en que se había olvidado el disfraz para el acto que tenía en la escuela, un 25 de mayo. Recordaba que era chiquita y se puso a llorar, angustiada porque entre ellas dos habían cosido el vestido y su hermana la tranquilizó. "Vos entrá a la escuela que yo lo voy a buscar a casa", le había dicho. Y ella obedeció más tranquila. No estaban lejos, sino a unas cuadras.

—¿Y tu papá o tu mamá no te acompañaban a la escuela? —preguntó Camila con ingenuidad.

—No, no lo hacían —Milagros volvía a ensimismarse y detener su relato.

—Ah, entiendo —Se apuró, sin embargo Milagros parecía buscar palabras en el dolor del recuerdo.

—Pero mi hermana no volvió rápido…

—¿Pero no estaban cerca de la escuela?

—Sí, pero volvió antes del segundo recreo. La maestra me fue a buscar al patio porque había ido al baño... me acuerdo que me dio el vestido y yo me quejé que había tardado mucho que ya comenzaba el acto…

—¿La maestra?

—No, mi hermana. Recuerdo que me sonrió raro y no me dijo nada.

—¿No te dijo nada?

—¿Viste cuando sonreís porque tenés unas ganas de llorar que no sabés qué hacer? —Camila asintió con un gesto llevándose una mano a la boca, mientras mordía uno de

sus dedos. Siempre hacía eso cuando sospechaba algo trágico. Milagros comenzaba a sollozar, de manera contenida, con pequeños espasmos que la sacudían.

Habían quedado solas y el colectivo que las llevaba había pasado y cargado a todas las personas que quedaban. Camila la rodeó con su brazo por el hombro. Milagros se dejó, mientras se secaba las lágrimas con sus manos.

—Milagros, ¿y qué sucedió después?

—Yo había vuelto al salón, pero al rato vino la misma maestra, con la directora y me volvieron a llamar. A mí me resultó raro porque no tenía idea qué querían.

—¿Y qué querían?

—Me avisaron que a mi hermana la había atropellado un auto... que había ocurrido ahí nomás, casi frente a la escuela…

—Ay, Milagros, qué espantoso, pobrecita.

—Pero sabés —Milagros se recuperaba imprevistamente—, yo no creo que la haya atropellado el auto.

—¿No? Pero... ¿por qué decís eso?

—Y porque la conozco… la conocía —se corrige con una mueca de resignación—. Porque ella me contaba algunas cosas, y por eso sé que no la atropelló el auto.

—No entiendo nada, Mili. —Camila estaba desconcertada.

—¿Sabés? Yo creo que ella se tiró debajo del auto porque estaba cansada del maltrato de mi papá… — Camila la escuchaba petrificada. Se miraron unos segundos y creyó entender lo que decían esos ojos— Sí, y también la abusaba.

"¿También?", pensó Camila. Casi en un diálogo mudo Milagros asintió con un movimiento de cabeza, aunque luego su mirada quedó perdida en algún lugar de la vereda. El *backlight* de la publicidad de la garita encendía y apa-

gaba. Una señora de edad avanzada, arribaba a la esquina. Observó de reojo a las dos jóvenes. Se sentó en un extremo.

—… y su infierno me lo pasó a mí —agregó, al tiempo que se encogía de hombros asumiendo una posición fetal desde el mismo lugar que estaba sentada.

Milagros, enmudecida, volvía a asentir. Un dolor viejo y aún presente se le incrustaba en cada gesto. Sus ojos, cada vez que abordaban estos recuerdos, volvían a dispersarse en las irregularidades del piso. Su silencio hablaba por sí mismo. Delataba e imploraba auxilio en un grito que se ahogaba rápidamente en la manipulación obscena de aquel padre que le había tocado en suerte, y que se disolvía en las innumerables injusticias cotidianas. Con palabras entrecortadas, describió la crudeza de cómo su padre perpetraba de manera atroz una rutina menguélica de torturas, complementado por un comportamiento pragmático, maquínico y tenebroso. Porque a él, a la vista de los hechos, lo único que le había interesado de la desgracia de su hermana, era el dinero que podría obtener con el juicio, con el que finalmente compró la casa donde vivían ahora.

—Desde los ocho años empezó a manosearme, pero parecía como si fuera un juego —relataba un tanto recuperada—. Así lo recuerdo, aunque ahora me doy cuenta que no lo era, pero me confundía, y cuando venían mis amigas, "me hacía sentir una vergüenza...". —Milagros detallaba cómo su papá les decía groserías, mirándolas de una forma que se le dificultaba explicar.

—¿Y tu mamá? ¿Sabía algo?

—¿Mi mamá? ¿Qué querés que te diga? Siempre estaba enferma, no escuchaba... ni a mi hermana ni a mí.

—¿Enferma? ¿Qué le pasaba?

—Y, qué sé yo, de cualquier cosa… mi papá se encar-

gaba de humillarla, la golpeaba, igual que con mis otras hermanas, medio hermanas —se corrige— por parte de mi mamá... y también pasaba lo mismo. A veces las levantaba a las cuatro de la mañana para que limpiaran la casa y, si no lo hacían, se ensañaba pegándoles con el cinto o con lo que tenía a mano.

—¿Y tu mamá qué hacía?

—Era como si no estuviera. Aprendí a callarme para no pasarla peor, como se callaba mi mamá, como lo hacía mi hermana mayor.

Milagros había registrado el costo del silencio durante tantos años. Había sido demasiado alto. Callarse durante tanto tiempo le dolía tanto como los abusos a los que la sometía su padre. Camila tampoco sabía por qué le contaba toda su tragedia, pero la escuchaba. Tal vez eso era lo que necesitaba la pobre Milagros, que alguien la escuchara y le creyera.

—Yo creía que eso era… normal, ¿me entendés? Pero después me di cuenta que no era así, porque a mis amigas no les pasaba esto en sus casas. Vivía diciéndome que yo no servía para nada, que era una inútil. Y que por mi culpa había muerto mi hermana. Después me decía que era una puta y una desagradecida. —Camila la escuchaba horrorizada. Habían decidido caminar hacia el parque. La primavera estiraba las horas de sol y el verde reconfortaba algo el espanto de los recuerdos de Milagros.

—¡Es un monstruo!

—No sé, no pensaba nada, me sentía con... culpa... con vergüenza. Tenía mucho miedo.

Para Camila cada palabra de aquella historia le percutía el corazón y resonaba en el cuerpo. Milagros había convertido en un tubito la tarjeta del colectivo. Transcurrieron

algunos minutos, luego de comprar unos pochoclos y unas gaseosas, y se ubicaron en el piso, dejando sus mochilas. El Monumento a la Bandera las enmarcaba, más allá el río Paraná extendía el horizonte sobre la irregular forma de las islas. Camila se animó.

—¿Entonces esta es la primera vez que hablás de estas cosas? —Milagros asentía con un gesto volviendo su vista hacia Camila.

—¿Sabés lo que me decía? ¿Sabés con qué me atormentaba? —Camila se encogió de hombros—. Que si hablaba iba a separar a mi familia.

—¿A separarla?

—Sí, eso me decía...

—Te manipulaba… el hijo de puta —Camila estaba que hervía, pero se retractó enseguida— Uy, perdón no quise decir eso...

—No te hagas problemas, es lo que es, un hijo de puta. Y me hacía sentir que la culpa la tenía yo. Me decía que esto sucedía en todas las familias, que era algo natural. Y aunque vos no lo creas, a veces me agarra culpa por lo de mi hermana.

—Pero vos ¿qué podías hacer?

—La psicóloga me decía lo mismo, el responsable es mi papá, que abusaba de ella.

—Milagros, pensá que ella no pudo hablar, pero por suerte vos sí.

La tarde se apagaba lentamente. Decenas de pájaros canturreaban alrededor de las dos jóvenes. El ruido del tránsito quedaba lejos. Permanecieron en silencio un rato. Contemplaron el paisaje que las rodeaba. Algunos nenitos jugaban a la pelota, bajo la mirada de unas severas y parlanchinas abuelas. Una parejita que se hamacaba en el arenero.

El viento que les hacía llegar sus aromas tan del Paraná. Algunas familias que arribaban al lugar para prepararse un picnic mientras pescaban. A Camila le pareció advertir una mueca, tal vez imperceptible, en el rostro de su amiga. Pensó que acaso una culpa, fugaz y repentina se había esfumado. El viernes encendía las primeras luces sobre el parque a la Bandera. Tenían que caminar unas cuantas cuadras para volver a sus casas, antes de que comenzara a torturarla su madre con mensajes de Whatsapp. Pensó quién podría llamar a Milagros. Sintió algo de culpa. Cruzaron sus miradas, y reconoció una mirada algo más aliviada. Se incorporaron casi al unísono.

—¿Arrancamos? Mi tía me va a comenzar a llamar para ver dónde estoy.

Las disculpas de Mariela

La desesperación familiar al principio, luego las sospechas solapadas, como capas de una cebolla interminable. La ilusión de una pista falsa, seguida de una decepción cada vez más avinagrada. Luego el resentimiento por la verdad esquiva, esmerilada entre los argumentos de los abogados defensores y la ceguera de una justicia anestesiada. Mariela siempre estuvo en ese lugar, con su pequeño cuerpo tembloroso y sus recuerdos estériles, blanqueados con la cal de la manipulación que le alimentaba una culpa inconmensurable, fermentada por el manejo tortuoso de un padre que regresaba con frecuencia en sus peores pesadillas, y en otras, la asaltaba en la duermevela de la vigilia. Indefectiblemente había perdido un eslabón de la cadena de acontecimientos que se hundieron en el desconcertante fondo del lago de su memoria. En el desvarío de sus sueños, pendulaba entre el deseo de correr y contarles a todos, a garganta partida, y el terror inmovilizante del silencio cómplice. Buceaba con desesperación en el horror de aquella tarde, pero salía aturdida y con sus manos vacías.

Algo sucedió. Una señal. Un gesto. Un indicio. Algo que rompió el patológico equilibrio de la economía de su preservación. A pesar del dolor y de reconocer el desgarro

de todos estos años y que sin embargo la devolvían como en un laberinto maldito, precisamente allí, a ese lugar donde su memoria siempre se desvanecía. Como un vano intento escapista.

Pero la pesadilla insiste. Cada noche volvía a confrontarse con aquel pasado enmudecido y ensimismado. Contemplaba a su padre con el balde y la mezcla fresca del cemento. Puede sentir el olor de la humedad, los ruidos chirriantes de la cuchara emparejando la superficie de la pared, y todavía se le eriza la piel por algo horroroso que no puede definir. Porque cuando caía la noche y se acostaba, en su cama, segundos antes de dormir, volvía a escuchar aquellos golpes sordos que retumbaban en su conciencia, hasta convencerse de que no los debía escuchar más cerrando fuerte sus ojos.

Muchos años después, las pastillas que la dopaban como un caballo pero no podían con sus pesadillas porque ese recuerdo maldito con olor a humedad y la mezcla fresca, permanecía allí. Y otra vez su padre, que le pregunta y le advierte al mismo tiempo. Que la mira. Que la observa con esos ojos de serpiente. Esos mismos con los que había mirado a su amiga. Que le sugieren y la intimidan.

"¿Dónde está mi amiga?", se pregunta Mariela mientras trata de conciliar el sueño.

Ella había perdido la inocencia con esa eyaculación obscena. Con sus abismales ojos en blanco y contorsionándose como un pajarraco queriendo despegar. Pavoneando su inclemencia ante los ojos asustadizos de su amiga. Que no tenés que decir nada. Que es nuestro secreto. Que te gustó, porque te gustó ¿eh? Que si lo contás no te van a creer. ¿Por qué llorás?, pero ¡pendeja maricona!... ¡Callate de una vez que te va a escuchar Mariela! La voz se le en-

trecorta porque otra vez se excita y voltea a la niña que se resiste, casi en un atisbo de correr, pero la tiene sujetada. Porque esto también te va a gustar, pero ahora no vas a gritar, ¿entendiste? Y corre los elementos de arriba de la mesa. Pendeja puta, te voy a enseñar lo que es bueno. La niña se resiste pero la manaza le impide que su boca emita algún sonido. La bestia se contorsiona nuevamente, sus ojos se vuelven blancos y zarandea a la pequeña, golpea su cabeza contra el filo de la mesada. La bestia, satisfecha, se detiene y observa que la niña pende de su sexo como un corderito degollado… y maldice en voz baja.

Mariela que escuchó los gritos ahogados y el monólogo jadeante y entrecortado de su padre, se acerca a la puerta de su habitación y observa horrorizada mientras este sostiene por las caderas a su amiga, que yace de espaldas a él, con la cabeza gacha. No atina a preguntar, solo contempla aquella escena con la sensación en la piel y en su cabeza, sabiendo que ni ella ni su amiga debían estar allí. Su padre, que advierte su presencia, la manda a su cuarto con amenazas y Mariela sabe lo que le puede pasar y la piel se le electrifica de terror.

Del lado de la cocina queda un silencio abrumador. Salvo algunas maldiciones en letanía de su padre, como si hablara solo, pero ya no se escuchan sus jadeos. Mariela está en su pieza temblando. Piensa en su amiga.

Al cabo de unas horas, los mazazos certeros van horadando la pared, y la despiertan con un sobresalto. Mariela está bañada en sudor. Su madre todavía no volvió. O tal vez lo hizo y su padre la había echado. No sería la primera vez. Se incorporó y caminó nuevamente hasta el umbral de su dormitorio y se apoyó contra el marco de la puerta. Al asomarse, ve a su padre que trabaja sobre el hueco del antiguo

depósito de las garrafas. Su amiga ya no está allí. Se animó a preguntarle por ella, porque su amiga no se había despedido de ella y jamás se iría sin saludarla. Entonces su padre, molesto, le clavó nuevamente sus ojos serpentiles, mientras en silencio traía hacia sí un balde con la mezcla de cemento y arena. A poco de allí, había unos ladrillos de bloque apilados, que los encastraba cubriendo el hueco. Con precisión ocultaba el orificio, que se reducía con cada hilada. Mariela intentó, nuevamente, preguntar por su amiga, pero esta vez su voz tembló para convertirse en un murmullo que solo ella podía oír.

Hace poco Yamila, su hija, le contó que su abuelo le hace caballito cuando miran televisión, pero no tenía que contarle a su mamá. Porque si no, le dejaría de hacer regalos.

"Yo te la cuido", la tranquilizaba su padre, cuando se ofrecía para ayudarla en algunas urgencias de la crianza. Pero al oír la confidencia de su hija, la sangre se le heló. Un sacudón de electricidad le llegó al espinazo… y la espabiló. "¿Por qué no quiere que te cuente, mamá?". Pudo advertir el terror en aquellos viejos ojos de serpiente empantanada, que busca atrapar una nueva presa desde el silencio, con una certera estocada. Entonces se conectó con todos los años relegados con candado, en el cofre de sus negaciones. El dolor volvió a invadir su vigilia como una niebla viscosa que le provocaba náuseas. Y reconoció esa mirada reptílica en aquel anciano con pretensiones de bondad.

Nuevamente revivió los golpes en la pared... tal vez algún grito que creyó sentir, y como un río desbordado, todos los miedos enterrados fluyeron. Las preguntas de los padres de su amiga, la ingenuidad forzada y sumisa de su madre. La victimización abyecta de su padre. La bestialidad consumada emergió a borbotones sobre su conciencia.

Mariela aún teme que vuelva a sucederle. Porque lo que le había pasado a su amiga, podía sucederle a su hijita y convertirse en otra víctima. "Si hablas te va a pasar igual que a ella". Aquella pared cobró entonces otro significado.

Y Mariela dio un paso jamás pensado. No estuvo sola. Y nuevamente se topó con la ceguera de la Justicia treinta años después, que con rituales absurdos y reglamentos medievales impedía que su voz se alzara entre las miradas desconfiadas de su familia paterna. Ese abuelo, con piel de cordero, condensaba de manera siniestra todos los años, en la conciencia de Mariela, en una sola imagen vívida. La tortura, el abuso y la desaparición de su amiga. Por primera vez sentía que podía gritar, como hubiese querido tantos años atrás. Para buscarla y encontrarla en el silencio de un pasado compartido, y en un destino que le había costado la vida.

El pasado volvió en pedacitos, como un collage de espanto, donde las figuritas eran ella, su amiga y su padre, alimentado como en el horror de los relatos de Poe, que en el cuento "El Gato Negro", el protagonista había borrado a Plutón, el tierno animal que un día había acumulado para su dueño, tantos demonios que justificaron su entierro en vida. ¿Su amiga había corrido esa suerte?

Aquella pared adquiría, definitivamente, un nuevo significado.

Como una profecía, vigente y maldita, nadie creyó su fábula de horror. ¿Cómo podía incriminar a tan endeble anciano, de tamaña atrocidad? ¿Qué clase de hija podía hacer eso? ¡Pobre hombre, merecía una vejez tranquila!, le reprochaban en su familia. Pero el Diablo había metido su cola en los lugares que el distraído Dios había descuidado al azar de la humanidad.

Y la causa que se reabre, y el juicio que da lugar a los testimonios. Y la anciana madre de su amiga que escuchó la historia que brotaba a borbotones de los labios de Mariela. Su esposo había muerto de tristeza y desesperanza. La observaba en silencio al tiempo que recordaba la cercanía del vínculo con su hija de pequeñas. Pero luego de la tragedia había preferido abandonar la estéril búsqueda que había representado descubrir la verdad debajo de la loza de insondables miserias que no merecían llamarse humanas. Se terminó recluyendo en una misericordia religiosa de utilería para no revivir el horror de la desaparición de su hija. La vida la había encorvado por la falta de respuestas y la impericia de quienes tenían la obligación de buscarla.

En aquel entonces, todas las pistas apuntaron al padre de Mariela, la amiga de su niña. Aunque este, con lágrimas en sus ojos y palabras entrecortadas por un dolor que ella no le creía, se había confesado inocente, porque él adoraba a su nena, y compartía con ella y su esposo, el sufrimiento de la incertidumbre de su ausencia. Que no entendía todo esto, porque él era padre y podía ponerse en sus zapatos. Pero el cuerpo de su hija nunca fue encontrado. Su niña se había esfumado como una mancha de humo en el horizonte.

Pero el pasado regresaba entre las estrías de aquella historia que había ocupado titulares de diarios. La pesadilla de los periodistas que la llamaban para rescatar alguna noticia que aumentara sus ventas, y la policía que le pedía que les relatara una y otra vez su versión hasta que el aturdimiento la confundía y el contrasentido obligaba a empezar otra vez aquel absurdo con el que hasta en algún momento pretendieron incriminarla.

Veintiocho años resultaba demasiado tiempo para volver sobre aquellos pasos que no habían llevado a ningún

lado. Desde esa misma Justicia, le aseguraban que esta vez nuevos datos serían aportados a la investigación que había quedado sospechosamente trunca. Mariela, la amiga de su hija, tenía algo que decir.

De a poco la trama se destejió dando lugar al horror soterrado y la barbarie se permitió registrar otro capítulo con nuevos protagonistas. Aquel hombre, hoy anciano, para muchos incomprensiblemente sentado en el sitio de los acusados, se debatía negando y llorando su inocencia ante el descarnado relato de su hija Mariela que explicaba con voz monocorde, los detalles que nadie conocía, de cómo aquella bestia —ahora sentada frente a ella— había sometido a su amiga y cómo lo había hecho con ella misma durante todo este tiempo, y encima ahora pretendía abusar de su hijita.

Pero faltaban las pruebas.

La defensa se escudaba en que la "fábula" con la que Mariela responsabilizaba a su padre de atrocidades inconcebibles, debía tener un coto, en aquel recinto no lo podía creer. Faltaba el cuerpo. ¿Dónde está el cuerpo?

Porque el cuerpo de su amiga se había constituido en la temida prueba que constataría aquella aberración. Y debía aparecer.

Mariela recordó con detalles aquella tarde, los jadeos de su padre, los gemidos de dolor de su amiga ahogados por aquella manaza, la misma con la que a ella también silenciaba. Habló de la sangre en la frente, el aroma a humedad, los ruidos chirriantes de la cuchara de albañil, de la mirada reptílica de su padre, y del espasmo de dolor que le recorrió el cuerpo en aquel momento, al igual que le sucede hoy. Contó su historia al fiscal y las palabras le vuelven a pesar y las piernas le tiemblan como en aquella oportunidad.

La madre de su amiga escuchó el espanto desde el horror padecido en la piel de aquella mujer todavía joven. Apretó sus párpados para evitar imaginarse a su hija sufriendo de la forma que la describía Mariela. Durante un tiempo le reprochó su silencio hasta maldecirla. Pero de a poco sintió compasión por esta mujer que se acusaba de ser cómplice, cuando pobrecita, ella también había sido víctima. Cada rencor se desmoronaba como una ruina de odios que ya no tenían sentido.

Sus miradas se cruzaron, Mariela implorando una disculpa. La anciana, abandonando su último reproche. Salvar a esa pequeña de las garras de aquel viejito candoroso que se retiraba del recinto esposado, resultaba suficiente para redimirla.

La anciana, emocionada, abrazó a Mariela, que lloraba y pedía disculpas por su silencio. La mujer la acarició, respiró el aroma de su cabello, algo de su hija estaba allí. La apretó contra sí. Ella volvió a apuntar contra ese anciano despreciable que terminaría sus años como merecía. Ella también comenzaba a reconocerle ojos de serpiente.

Eduardo Marostica

Nacíó en Rosario en el otoño del 68. Hermano menor de dos hermanas. Padre de dos hijos. Estudió en el Colegio Salesiano San José, de Rosario donde se recibió de técnico en electrónica. Inició la carrera de ingeniería eléctrica, pero luego su vocación hacia las humanidades lo llevaron a interesarse en la psicología y la música, carreras que comenzó en 1989. Completó sus estudios universitarios de psicología en 1994. En ese tiempo datan sus primeros poemas y cuentos. Ganó un concurso de poesía Luigi Pirandello (1991) organizado por el periódico Giornale Latino de la ciudad de Las Rosas. En 2012 publicó "Cuanto Amor", su primer novela, en formato papel y en formato audiolibro.

Practicó rugby, atletismo, Kung fu y Karate donde se graduó como cinta negra. Dio clases, de este arte marcial, a niños y niñas de sectores vulnerables en el Barrio La Tablada y República de la Sexta. Como profesional trabajó en el ámbito comunitario coordinando proyectos sociales orientados a fortalecer derechos ciudadanos dentro del ámbito de programas internacionales (BID) y de la municipalidad de Rosario. Fue director del Instituto de Capacitación de la Asociación Gremial de Docentes de la UTN (FAGDUT). Trabajó en el instituto de la Mujer en un programa de Derechos Sexuales con perspectiva de género para adolescentes. Actualmente se desempeña como docente e investigador en la Universidad Tecnológica Facultad Regional Rosario.

Preside la Seccional Rosario de FAGDUT, coordina el Programa de Asesoramiento en Políticas de de Género en esa Asociación Gremial. Es capacitador permanente en Costanera Rosario (Empresa del Estado Municipal), en la temática de género y políticas inclusivas. Publica microrrelatos, relatos literarios y artículos de interés, en su página oficial.

https://emarostica.wixsite.com/eleduescritor

Eledu escritor – Eduardo Marostica

Eledu2020

angel.e.marostica@gmail.com

El viaje de Camila
y otros Relatos

EDUARDO MAROSTICA

Camila, es hija única y está indignada con su padre a quien acusa de homofóbico, y a su madre de cómplice. Su tía Beba, que vive en San Miguel de Tucumán con su pareja, ocultada por ellos durante años, la contacta por las redes sociales y para Camila, a partir de ese momento todo adquiere un nuevo sentido. Se embarca en una investigación que incomoda a su familia y la acerca a Beba, a quien decide visitar. A fin de año, cuando termine la escuela viajará en tren a conocerla, ya que a fin de cuentas es la única persona que la entiende. En el viaje conocerá a Petu, otra joven de su edad, que tiene un hijito y de quien se hace amiga. Camila irá modificando su forma de ver muchas de las cosas que antes le resultaban extrañas y lejanas. El "Viaje de Camila" es una experiencia reveladora para una adolescente que no se conforma con las explicaciones acomodaticias de algunos de los adultos que la rodean y son parte de las injusticias que perviven en nuestra sociedad.

"El viaje de Camila" es una invitación que nos desafía a buscar nuevos sentidos y a desnudar mandatos impresos de violencia encubierta por las tradiciones y lo consuetudinario, como cómplices del silencio.

ISBN 978-987-86-6874-1